

CAMOTE

› literatura + arte



número 0
abril 2021



CAMOTE

› literatura + arte



En este número:

Emilce Acuña | Alberto Aguilar | Andrés Albornoz | Helena Albornoz Raptis | Luciana Baca | Hugo Banegas | Marina Banegas | Alejandro Barales | Guillermmina Berola | Zeque Bracco | Nicole Ciriaci | Romina Ciriaci | Aníbal de Antón | Elizabeth de Antón | Javier Dicenzo | María Virginia González | Alejandro Grimoldi | Coqui López | Victoria Morales | Fausto Olmos | Dagoberto Ortiz | Anita Ottoline | Alexa Pettone | Ariel Ramallo | Laura Raptis | Karen Saucedo | Alba Soto | Gonzalo Sueiro | José Vega | Abel Zabala

Edición

Emilce Acuña
Andrés Albornoz
Luciana Baca

Arte y diseño gráfico

Laura Raptis

Agradecimientos

A quienes, con inmensa generosidad, nos permitieron publicar sus obras, ya que sin ellas no sería posible esta revista. A Elizabeth de Antón, Coqui López y Dagoberto Ortiz, que nos recibieron cálidamente y nos proporcionaron mucho material. A María Virginia González por la ayuda que nos brindó con la entrevista a Elizabeth de Antón. A Mirta Barrera por el dominio de internet. Y agradecemos también a quienes difunden la revista a través de las redes sociales y nos demuestran su apoyo.

Créditos fotográficos

Fotografía de tapa. Emilce Acuña.

Págs. 52, 62 y 64. Fotografías de Aníbal de Antón. Cortesía de Elizabeth de Antón.

Pág. 58. Fotografía de Atahualpa Yupanqui. Dominio público.

Extraída de: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Don_Atahuallpa.JPG

Pág. 58. Fotografía de Ernesto Sabato. Dominio público.

Extraída de: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ernesto_S%C3%A1bato_sem_data.tif

Pág. 69. Fotografía de Coqui López. Cortesía de Coqui López.

Pág. 70. Fotografía de Aníbal de Antón. Cortesía de Coqui López.

Pág. 110. Fotografía de César Aira. Alfashop22, CC BY-SA 3.0: <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.en>

La tipografía usada en esta revista es DejaVu. <https://dejavu-fonts.github.io/License.html>

¿Te gustaría ser parte del próximo número de Camote?

Más información en <https://camote.com.ar/participa.html>

www.camote.com.ar | info@camote.com.ar | Facebook: revistacamote | Instagram: revistacamote

© Camote, 2021. Los derechos de autor de las obras publicadas en este número pertenecen a los autores, quienes nos autorizaron a publicarlas.

Índice

Editorial.....	4
Tierra, de Emilce Acuña	6
Apresurado verano, de Alexa Pettone	10
La barranca, de Ariel Ramallo	14
Poemas, de Victoria Morales	24
Historias minúsculas, de Alejandro Grimoldi	29
Somos, de Javier Dicenzo.....	30
El lugar, de Luciana Baca	32
dasein y otros poemas, de Alejandro Barales	46
El que hacía las poesías. Entrevista a Elizabeth de Antón	50
Proyecto de autoepitafio, de Aníbal de Antón	67
Del barro a la luna. La mirada de Coqui López.....	69
Una semblanza. La mirada de Abel Zabala.....	74
Madre soltera, de Aníbal de Antón	76
Poesía, de Anita Ottoline	78
El hombre del colectivo y otros microrrelatos, de Marina Banegas	84
agreste, de Andrés albornoz.....	88
Dagoberto Ortiz, el artesano del tiempo	96
La madremonte, de María Virginia González.....	98
Quisiera ser yo, de Alba Soto	101
Hueso, de Emilce Acuña.....	102
Parten los trenes más oscuros, de Alberto Aguilar	106
Aira es tarado, de Gonzalo Sueiro	110
Me fui a vivir a un árbol, de José Vega	114
Biografías	117





Editorial

El camote se cosecha a mano. O casi. Al menos es así acá, en el pueblo. Unos días antes de la recolección, cuando las plantas amarillean, un tractor remueve la tierra y deja los camotes en la superficie. Todo lo que podemos decir de este proceso que desconocemos es que los teros revolotean ruidosamente detrás del tractor, buscando lo que la tierra les había ocultado. Es solo un efecto secundario, pero bien vale una tarde de contemplación.

Unos días después, muy temprano por la mañana, llegan los hombres y las mujeres que van a recolectar los camotes. Los van seleccionando con sus manos de entre la tierra removida y los colocan en grandes bolsas, que luego se lleva un camión. Y entonces se van. Se van las personas, los camiones, los tractores. Termina la cosecha, la de los manuales de agricultura, pero empieza el *cuncuneo*, ese que no figura ni en los diccionarios. Porque quedan miles de camotes en la tierra. Camotes que por no cumplir con los requisitos del mercado o quizás por simple descuido no fueron recolectados. Comida pudriéndose sobre la tierra removida.

A diferencia del revoloteo de los teros, el cuncuneo comienza tímidamente: alguna vecina que se acerca a la tardecita, la mano de un nene que se estira a través del alambrado, alguien que saca algún camote de la orilla. Con el paso de los días, ya buena parte del pueblo cuncnea abiertamente: en pleno día, frente a la mirada de los que pasan, de la patrulla

rural o del mismo dueño o arrendatario. Porque cuncunar no es robar; es cosechar para consumo personal –con permiso explícito o tácito– lo marginal, lo deformé, lo pequeño, lo desdeñado, lo que tiene consumidores pero no mercado, lo olvidado.

¿Por qué entonces se llama *camote* esta revista? Porque cuando borrábamos *camalote* –uno de los nombres que habíamos propuesto–, el corrector ortográfico nos sugirió camote. Y nos gustó. Cosas que pasan.

CΛMOTE

Tierra

Emilce Acuña



➤ Ilustración: Laura Raptis

Es lo que yo digo, porque aunque no hable, pienso. Pienso con palabras, se mezclan dentro de mi cabeza y me dicen cosas todo el tiempo. Al principio están sueltas, pero después se ponen unas detrás de otras y entonces me dicen que el árbol tiene copa, la aguja ojo y el pie una planta. Mamá cree que algo malo pasa conmigo, como no me porto bien cree que no entiendo nada, pero es al revés, entiendo demasiado, como ahora que pienso *tierra* y todas las palabras que conozco empiezan a girar alrededor de esas seis letras, como si estuvieran en el medio de un tornado, y ya no puedo parar.

La tierra en la que pienso no es la que arma remolinos en la esquina, ni la que entra volando por la ventana, ni la que junta mamá con la palita cuando se pone a barrer la casa. Tampoco es la Tierra que tiene mares y montañas, esa que gira tan despacio que es imposible darse cuenta, ni la tierra de la que habló el cura el domingo en la iglesia. Cuando pienso *tierra*, no pienso en la tierra que camino para ir a casa de la abuela, ni en eso de poner los pies en la tierra que repite papá como si él no supiera dónde los tengo apoyados. Ya sé que una sola palabra puede decir muchas cosas, pero no estoy diciendo eso. Ni mover cielo y tierra, ni echar por tierra, ni

la faz de la tierra. Además, no sé bien qué quiere decir *tierra*, ahí, con esas otras palabras. Lo que pasa es que son muchos los mundos escondidos en esas seis letras, porque una palabra dice una cosa pero también otras tantas y es como el cuento de la buena pipa, que no acaba nunca. Cuando me concentro en una palabra no puedo parar de pensarla. La miro por arriba, la miro por abajo y de perfil, la huelo del derecho, la huelo del revés y siento qué gusto tiene al nombrarla hacia adentro, y mamá dice en voz alta en qué estarás pensando, hijo, y yo no puedo contestarle porque la palabra me pide que la piense y la piense. Es como si nada más existiera: somos la palabra y yo y nada más. Y ahora la palabra es *tierra*, pero no es la tierra que piso, ni la del terreno de al lado, no.

Es de día. Mamá y yo estamos en la huerta. Ella agarra un puñado de tierra y lo convierte en lluvia para que la tierra caiga en la tierra. Es tu turno, dice, y me da un poco. La deshago, la muelo con los dedos y es como una caricia. Se hace polvo y se une al montón buscando su lugar en el mundo. Ahora la semilla, Julián, dice mamá. Arrodillado. Escarbo. Uso mis dedos como rastrillo. Dibujo un surco. Después, junto otro puñado de tierra y es nuevo. Se abraza a la tierra que espera en la tierra. Húmeda. Oscura. Extendida. Abierta.

Esta es la tierra que pienso, la que tengo metida en mis uñas, pegada a mi ropa. Huele bien cuando llueve y forma charcos en el jardín. Hago un hoyo con la punta del dedo, cae la semilla, y yo, con mis manos, la cubro, la dejo sin luz, sepultada. Entonces recuerdo al abuelo, y pienso que tal

vez dijo *tragame tierra*, y ella, la tierra, se lo tragó para siempre. De repente tengo miedo de esa oscuridad y de quedar allá abajo, enterrado y solo, y que me olviden. Espero que se me pase. Espero en el silencio de la palabra como en el borde de un precipicio. De golpe, explota. Ahora no es una palabra, son muchas y es como un eco. Al fin comprendo. Miro el sol allá arriba y no va a irse de ese cielo sin nubes. Septiembre, tal vez. Llegará el tiempo. La tierra se hará a un lado y el brote, verde, crujiente, tomará impulso, y con todas sus fuerzas, estallará hacia arriba.





> Fotografía: Alexa Pettone

Apresurado verano

Alexa Pettone

No soy la hija del padre que nunca fui.
No soy hija salpicando mañanas tibias.
Quizás acordes recorriéndose de un celeste casi sensual
Y, desde ahí, las maricas escogen su rumbo
Desde los acordes épicos de la cajita de cristal.
Yo en cambio soy tarde y noche, noche de terciopelo
Azul, como una ruta que me descubre en la esquina de las miserias.
Siendo la Pantoja o la tía que nunca más vi.
Soy puta que ensordece tus domingos bien.
Es cool tu domingo, es heterosexual tu domingo,
Como lo es la medicina, la escuela y mi casa.
Sos tan paqui.
Dicen que está bien.
Dicen que las travas somos el juego de los que odian a las minas.
Dicen que de ahí no hay que moverlos.
Que ustedes solo coquetean con las carencias ajenas,

Tocan la pija y se van.
Y acá bajamos y subimos, entramos y salimos.
Y no hablamos de coger
Pero sí de un amor propagandista,
Un capítulo que jamás vi.
Y en el mientras tanto, legislo con el culo
Caminando el barrio,
Coqueteando al pibe que de niña me besó a escondidas,
Yendo al congreso, yendo a la plaza,
A tu casa, yendo y viniendo.
Intentando encontrar un mundo lejos de la ciencia
Que comprenda mi lectura.
Me reinvento, me toco, muto, corto,
Alargo, mojo, salto, agarro, suelto, me detengo.
Déjenme ser silvestre en esta tribu,
Tan verde que duela,
Tan mina que duela.
Y al final de tantos patios y juegos
Continúo cada mañana equivocándome de baños.
Dos puertas y un manifiesto político que me canta mina o pibe.
A quién queremos engañar.
Yo quiero seguir equivocándome,
Seguir los juegos que no debí

Seguir creyendo que el juego consiste en una nueva humanidad.
Y con la fuerza de un viento zonda
Escucho que las travas más viejas
Gritan que debemos seguir organizándonos.
Seguir con el puño alto
Como un pene erecto que también dice y me dice más libre.
Eyacular ideas y abrazar a las infancias que corren entrando al jardín.
Que alguien les cante coplitas trans que no tenemos tantas Susy Shock,
Que alguien continúe plantando árboles
Porque eso también es un gesto de las rameras de nuestro Paraná,
Que muchas de nosotras también sigan escribiendo
Porque escribir es para siempre
Y de ese modo acabar un poco con tanta literatura prostática.
Sigan de un modo y no del otro.
Acompañémonos en este nuevo cantar de golondrinas
Al paso que maquillan un cielo en el alba
Que recuerda quién soy
Y que también tengo miedo
Pero que no paraliza.
Que adorna en el pecho fundante de la vida
Como un devenir de estrellas
Anunciando un camino menos berreta, menos capitalista,
Que al menos me permita ser esencia.

La barranca

Ariel Ramallo



► Fotografía: Karen Saucedo

—¿Lo vieron a Silvio? —preguntó Lila, la mamá del niño.

—Estaba jugando con los demás chicos, acá a la vu... Ahí viene Marcelito, seguro te va a decir —respondió despreocupadamente la tía Esther.

—Marcelo, ¿Silvio está con ustedes? —rogó la madre.

—No. Bah, no sé —dijo el primo—. Temprano jugamos en el patio del tío Pino. Después me pasó a buscar Roberto y nos fuimos al río. Yanino, Marcos, Diego, Ariel... se quedaron. Ellos sabrán.

Lila corrió en busca de *Silvito* o de más testigos que la ayudasen a encontrarlo.

Los Ramallo son cinco hermanos: cuatro mujeres y un varón. Todos se criaron en el Bajo de San Pedro, a metros de la ribera del río Paraná. Cada uno fue formando su familia y dejando la casa paterna. Pero todos los veranos, sin las obligaciones de la escuela y con la flexibilidad que da la confección de artesanías en mimbre, las familias se trasladan para compartir mates y chismes los más grandes, y juegos y peleas los más chicos. Una cosa más. Por fortuna o por castigo todos los primos son varones, así que solo la diferencia de edad los separa un poco, no las preferencias: la gomera, el río y la barranca.

En estas latitudes los veranos son pesados. No solo calurosos, con temperaturas que sobrepasan los treinta y pueden llegar a los cuarenta grados, sino que además la humedad es tan sofocante que pegotea piel, pulmones y cerebro, y hace de la existencia poco menos que una agonía. La manera de no pensar en ese *pegoteo particular* de los más grandes

era quedarse a la sombra del gran olmo de la vereda y ver pasar gente, compartiendo una bebida fresca o el mate. Para los más chicos, la mejor forma de pasarlo era jugando, pero jugando juntos.

Dos fueron los puntos primordiales de la diversión: el río, al que casi siempre iban acompañados de un adulto, y la barranca. Ese desnivel de terreno que escalaban y recorrían hasta saberlo de memoria; al que le descubrían los secretos de sus imperfecciones y le inventaban nuevos senderos; al que retaban para que les mostrase caminos intransitables o laderas imposibles con el único fin de superarlos, para volver en busca de otro reto; un lugar poblado de tupidos arbustos que recreaba para ellos universos y mundos imposibles al alcance de la mano, pero que tenían prohibido en la siesta.

La prohibición fue impuesta por cuestiones meteorológicas antes que esotéricas. A los padres les asustaba más una insolación que la conjura imaginaria de algún tipo de ente maligno, propio de las frenéticas batallas y las desquiciadas aventuras a las que se lanzaban los valientes muchachitos.

—Rubén, no encuentro a Silvio. Le pregunté a Ariel y me dijo que, después de jugar, vinieron todos caminando para acá. Que al no verlo con el resto del grupo, sentado en la mesa, pensó "habrá ido al baño apenas llegamos a lo del abuelo". ¡Estoy desesperada! —terminó.

Rubén, marido y único hermano, no sabía si tranquilizarla o volverse tan loco como ella. Decidió poner la cabeza en claro y organizar la búsqueda.

Lo primero que hizo fue acercarse a la mesa y comunicar oficialmente que su hijo Silvio había desaparecido. Acto seguido, preguntó a los chicos dónde lo habían visto por última vez, para corroborar, descartar o complementar la versión de su hijo mayor, Ariel. Las versiones coincidían en que, al doblar la esquina y pasar el pilar de la luz, el ahora perdido ya no formaba parte del pelotón. Y como si se tratara de una misión de extracción de soldados en territorio hostil, padre y madre organizaron los escuadrones de rastreo. Un adulto y dos primos se iban a dividir las tres zonas de búsqueda: el balneario, es decir, camping y río; las manzanas del barrio, no solo la propia sino la de enfrente, y la zona de la Virgen y Plazoleta de los Cañones, un paseo costero que bordea la parte inferior de la barranca, en donde existe una pequeña ermita excavada en la toscosa ladera, que culmina en una placita con juegos y restos de artillería de la guerra de Malvinas. El padre, en solitario, les comunicó que recorrería en bicicleta el camino de vuelta a su casa, ya que una vez debieron atajar al niño a cinco cuadras de su casa, ataviado en dirección al bajo. En eso, se escuchó un griterío.

—Ay, no. No. NO, NO, NOOOO. Silvito, no. Por lo que más quieras pero Silvito, no. Ay... ay... aaaaaayy. LLevame a.... me falta el aire... ai-re... Sil... me sof... —la tía Esther aullaba, desaforada, y después se despatarró cuidadosamente sobre un sillón de mimbre, a la vez que una corte de abanicadores, levantadores de piernas y acomodadores de cabezas la asistían. El tiempo se detuvo respetuosamente para contemplar a la ¿desmayada?, dejando el

inicio de la búsqueda inconcluso.

—¡Qué mujer hija de...! ¡Qué vergüenza! ¡Negra, parate de ese sillón y deja de hacerte la desvanecida que bastante tenemos...! ¡Claro, no le pueden robar protagonismo! ¡Si no se ríe como una hiena en celo, llora con un chillido ensordecedor o se desmaya, o tiene algo incurable o la peor enfermedad, o si supieran lo que le pasó a ella! ¡Pero siempre tiene que dar la nota! —dijo Lila, en una variedad de estados, tonos y modos usados con una precisión milimétrica.

—Che, ya está. Ya la están asistiendo —cortó Rubén, hermano, marido y padre.

—Por mí que se muera por vieja papelonera. —La bronca, junto con los nervios, le soltaban la lengua.

—Nosotros no nos desviemos, Lila. Vamos por Silvio —rogó el esposo, acompañando con una mirada de súplica y de urgencia.

La Negra o Esther, herida, respondió enérgicamente, resucitando de su sponcio, no queriendo que las cosas quedaran así:

—Mirá, flaca tísica y mal co... mida. —Y sintiendo que se iba de su papel de víctima, agregó desvaneciéndose—: ¡Si supieras que lo quiero a ese chiquito Silvito Nahuel! —para desplomarse sobre uno de los apoyabrazos.

—Manuel, como mi papá. Silvio Manuel —replicó la madre en seco.

—Eso... —se desinfló Esther, quedándose desvanecida o callada, para beneplácito de Lila.

—Basta de pavadas. VAMOS —dijo Gaby, el novio de Karen, la menor de las Ramallo, y enfiló para la ribera con Pablo y Marcelo.

Rubén se subió a la bicicleta, dio la vuelta en U y aceleró para repechar la costosa subida. Pino, Karen y Dieguito encararon para Los Cañones. Mario, Marito y Yanino, padre e hijos, emprendieron la vuelta a las manzanas. El resto, comandados por Lila, se quedaron en el lugar, en franco apoyo logístico y moral. Ariel tenía la orden de no moverse de allí, al igual que el resto de los chicos.

El primero en traer noticias fue Mario, que recorrió la primera parte de su itinerario pero sin novedades. Dijo que ampliaría la zona de búsqueda apenas terminara su tarea. Gaby llegó corriendo desaforadamente, mientras su brevíssima corte lo seguía tan rápido como le daban sus piernas. Informó que en el camping había mucha gente y que, a primera vista, no vieron nada. Entonces, se concentraron en el río. Aclaró que se pusieron en "fila", uno al lado del otro, a más o menos diez metros, y comenzaron a caminar. Que Pablito encontró una moneda de un peso y Marcelo una colita para el pelo. Y que en un momento, sintió que unos dedos le rozaron el tobillo...

Lila quedó con la mente en blanco. Por unos segundos no vio ni escuchó. Una sensación de abatimiento y desesperación le anuló todos los sentidos y se empiecinaba en aflojarle las piernas. Quiso hablar pero no era dueña de los músculos de su garganta y tanteaba con movimientos torpes, descoordinados, la realidad que había perdido sentido para ella.

Reaccionó cuando descubrió en una cara una mueca sonriente.

—...palo. Con camalotes. Todos enredados. ¡Me pegué un cagazo! Me tocó la pierna, bah, el tobillo. Salté y grité, todo al mismo tiempo. Estos dos boludos se acercaron y les dije que algo me había tocado. Pablo se zambulló y ahí encontró al "muerto": iun palo con camalotes! —repetía y ampliaba su declaración el novio.

El tío Morci, que casi siempre estaba callado, dijo abriendo las manos:

—¿Y para contar eso volviste?

—No, también para avisar que ahora nos vamos a recorrer la costa —aclaró Gaby.

—Ah, y para avisar que no lo encontramos todavía —remarcó Pablito, que jugueteaba con el peso encontrado.

—Vayan, vayan —respondió Morci, acomodándose el pelo, en un gesto más catártico que de estilista.

Mientras los parientes que se quedaron en la casa iban de aquí para allá tratando de recabar información o tener alguna primicia sobre el estado de situación, Lila, ansiosa y esperanzada por una buena noticia, contemplaba la calle que subía. El ánimo se le desplomó cuando descubrió que delante de su marido, sobre el caño del rodado, no viajaba nada ni nadie. Al mismo tiempo que Rubén llegaba, Pino comunicó que fueron hasta el Club Náutico buscando, y preguntaron, pero nadie había visto nada.

La madre caminó sin darse cuenta hasta la esquina. Cuando reparó dónde estaba, quiso reconstruir el posible camino de su hijo perdido. Ro-

deó el galpón de las cortinas de juncos, pasó delante de casa de Zulma y desembocó en el patio-entrada de Pino. Buscó algo, un indicio, una pista. Caminó hasta la otra esquina, la que se enfrentaba a la barranca. Y allí lo vio. Colgado de una raíz. Agarrado con sus dos manitos. Arañando la ladera de la barranca con sus zapatillitas, tratando de hacer pie. Con la carita colorada por el esfuerzo y el sol. Era Silvio.

Lila corrió a buscar ayuda. El pelotón debatió las posibles tareas para el operativo de rescate camino al lugar. Por fin, se hicieron dos grupos: uno subiría la barranca, tratando de agarrar al niño por las manos y subirlo a sitio seguro, y el otro intentaría llegar por abajo y "descolgarlo". El grupo con mayores posibilidades reales entregaría el niño a sus padres y se llevaría los laureles. Mientras tanto, los demás familiares seguían las alternativas desde la vereda. Todos menos Esther, que decidió continuar con el papel de dama sufriente, aunque se mordía por saber qué pasaba.

El descenso fue trabajoso. Las muñecas estaban algo maniatadas por unas raíces y la pierna derecha se había calzado también en una raíz a la altura de la ingle, al estilo de cinturón de seguridad. Parecía que la barranca se empecinaba en no soltarlo. Cuando bajaron, las lágrimas brotaron en los ojos de más de uno. Un abrazo generalizado se abatió sobre los padres y Silvio. Hubo palmadas, carcajadas y demás. El único que no se arrimó fue Ariel, su hermano, que miraba la escena, receloso.

Terminado el amontonamiento, se acercó. Silvio caminó con los brazos extendidos, en busca del abrazo que faltaba. Ariel lo frenó en seco:

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? —inquirió.

—Colgado... en un momento pensé que no aguantaba. Por suerte vi a mami y grité —respondió con suavidad el aparecido.

—¿Toooodo el tiempo? ¿Colgado?

—No. Eh... cuando nos fuimos del patio del tío Pino y ustedes doblaron la esquina para casa de los abuelos, me di cuenta de que me había olvidado la remera. Y me pareció ver un brillo o algo así que venía de la barranca. Fui a investigar, subí por donde siempre y volví a mirar. Ahí estaba, a unos pasos de mí. Caminé, como embrujado y, de repente, sentí como si unas manos que arañan me tiraran para abajo...

—Ahí seguro fue cuando te caíste, que sentiste el tirón... —aportó Ariel, intentando explicar la impresión de su hermano.

—Sí. No sé. Porque primero me caí al suelo y algo me arrastraba. Si tengo toda la espalda marcada por las piedras que se me enterraban. —Ensayó una media vuelta, típica de los perros que se quieren morder la cola, para mostrar y mirar si era notorio el daño sufrido. Después continuó—: Y no me acuerdo más. Solamente que tenía mucho calor, que me dolían los brazos y que tenía una sed espantosa. Hasta que la vi a mami —concluyó.

Ariel se puso alerta.

—¿A nadie más viste? Si me decís que estuviste colgado todo el tiempo en el mismo lugar, ¿cómo fue que no viste al tío Mario, Yanino y Marito? Pará... ¿cómo fue que ellos no te vieron? ¿Y al tío Pino? Pasó por la esquina para buscarte en los cañones. ¿Y Karen? ¿Y Diego? ¿No viste a nadie ni

nadie te vio? ¿Y cómo no gritaste?

—Grité, pero nadie me escuchó —se defendió Silvito.

—¿Me estás diciendo que Elsa, que vive enfrente, no te escuchó?

—Capaz que salió o estaba durmiendo la siesta...

—¿Y la gente que baja por la calle, que pasa justo por donde te encontraron para ir al río? ¿Con este calor no pasó nadie? —continuó argumentando el hermano mayor. El otro lo miraba en silencio.

—¿Y me decís que unas uñas te agarraron y te llevaron? ¿Y que los cascotes de tosca te rompieron la espalda? —En ese momento creyó descubrir todo.

La remera estaba casi intacta en la parte de atrás y, además, dada vuelta. Por otra parte, no había marcas de rasguños o raspaduras en las piernas, ni en las pantorrillas ni en los muslos. Tampoco notó ningún manchón verde tierra vertical, esos que arrancarían en los tobillos, recorrerían el costado del cuerpo magullando las costillas, para terminar abruptamente en las axilas: un claro indicio de la fricción al momento de la caída. Estaba muy limpio, muy peinado, muy tranquilo para un niño que se hubiera desbarrancado. Parecía una escena armada. Una farsa. Una impostura. Alguien en lugar de su hermano. Algo que no debía estar entre ellos.

Entonces recordó la posición en la que lo encontraron colgando. Los amarres de las manos. El aprisionamiento de las piernas a la altura de la ingle. La fuerza que tuvieron que hacer sus tíos para cortar las raíces y desenredarlo de aquella ladera. Y la resistencia que opuso la barranca.

Poemas

Victoria Morales



➤ Ilustración: Helena Albornoz Raptis

Rojo es el color que siento

rojo el insomnio
el deseo mutable

blancos los esqueletos
amarillo el horizonte
verdes los amores quietos

solo, este rojo
se lanza entero a la vida

sin un necesario sentido
siempre a mí regresa el rojo
color de mi sentimiento

la imposibilidad de palparlo
y el permanente anhelo
de poder nombrarlo

rojo con que lavo los días
rojo pasión
rojo hambre
estirpe y carne

rojo es todo lo mío
tan tremadamente mío
iay! este rojo:
el de mis ojos vacíos.

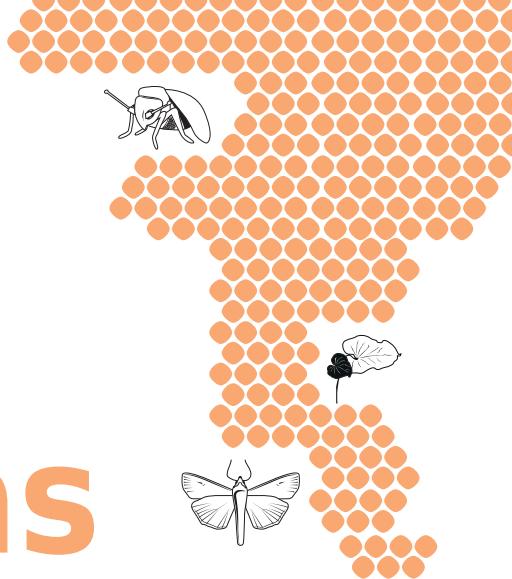
Hoy hice un globo con la boca

y me explotó en la cara
mi corazón es un chicle
que se endurece
pero nunca se suelta del todo
se adhiere, por ejemplo,
a las pelusas de tu sweater
ese que huele tan rico
como el café en la mañana
como el amor en mi cama
se adhiere como tantas cosas
que nunca me sueltan la mano
todavía guardo el cd con canciones
que grabé un domingo lluvioso en 2008
"boludeces que escuchás cuando estás triste"
morrissey, pixies
y los niños eternos fun people
una vez fundé el sindicato de niñas rotas
era la presidenta
lo mío siempre fue liderar entre sensibles

yo me pregunto, a vos,
¿te da vértigo no saber qué vas a hacer mañana?
tener pocos amigos
hablar solo
escribir y tachar
detenerte y avanzar
la inmensidad de la risa después del llanto
y viceversa
a mí me excita
por sobre todo
ver a las personas en actos
y no en palabras
dormirme tarde
soñar que bailo
la intimidad del amor cuando llega
cambiar de idea de vez en cuando
el olor de la verdulería del barrio
el lenguaje desfigurado
cuando intento explicar lo que no existe
el futuro que nunca me dice nada
y las preguntas:
¿existe una técnica para enfrentar el silencio?
¿de qué manera se salta la distancia?

sé que el amor es un viaje hermoso
y un mambo horrible
a veces despierto
y tengo miedo de que el monstruo de la realidad
me agarre de los tobillos
yo por las dudas
tengo fósforos y cuchillos
también tengo alas y paracaídas
porque voy a saltar
al lado oscuro de la luna
y si la puerta se traba
me tiro por la ventana
voy a romper el televisor que no tengo
y voy a tirarme
voy a tomar los consejos y las respuestas
voy a tirarme
voy a saltar a mirarte de cerca
voy a observarte
hasta entender por qué soy
ese chicle que no se ablanda
vos una imagen
yo, mil palabras.





Historias minúsculas

Alejandro Grimoldi

—Usted no debería estar aquí, señor González.

—¿Por qué? —dije asombrado.

—Porque todavía no es su tiempo.

Y el bip sonó de nuevo.

Sentado en su vieja silla de mimbre, vio cómo el Tiempo se llevaba sus mejores años. Cuando se levantó, los pocos que le quedaban se los había llevado la Muerte.

Sus manos en la garganta silenciaron, de a poco, el llanto.

—No hay túnel ni luces blancas —dijo.

Un día, un hombre sacó un pie de su ciudad y chocó contra un paredón.



► Fotografía: Fausto Olmos · Modelo: Daniela Bolla

Somos

Javier Dicenzo

Somos porque dudé de la vida
y ella me dio un cuchillo asesino.

Somos por la noche constante.

El viento es salvaje y yo también.

La poesía se escribe
sobre pedestales sangrientos.

Somos por la duda.

Y esa muerte.
Somos todo.

Hasta que la muerte
vuelve
al grito
del universo.

Solo el grito agudo
en medio de un bosque en llamas.

> Fotografía: Luciana Baca



El lugar

Luciana Baca

Quizá no todos sepan que esa casona gigante que se yergue en pleno centro de nuestra ciudad, frente a la iglesia principal, fue alguna vez un conventillo.

Así es, en la década de 1930, este antiguo convento de monjas se transformó en una gran casa que albergó a diferentes familias, la mayoría provenientes del campo, de parajes como La Rosada, Espinillo, Rolfo; y otras tantas que venían del interior.

Como toda típica casa vieja, tras pasar la puerta, tenía un largo patio con un aljibe y corredores techados. Eran nueve habitaciones grandes que funcionaban como comedor, cocina, habitación, todo en uno. "Como los lofts de ahora. Éramos unos adelantados", comenta Pablo, uno de los pocos habitantes del lugar que sobrevivió a su particular destrucción.

El baño, como era de esperar, era uno solo y estaba afuera. Uno para todos. ¿Luz eléctrica? Eso era un lujo impensable.

Pegamos un salto en el tiempo. Ya en la década de los setenta, las personas que vivían allí comenzaron a recibir ofertas para dejar ese lugar. Siempre resulta incómodo ver pobres, ¿no? Y si a eso le agregamos que están en el centro... Por eso a algunos les ofrecieron casillas. A otros, con más suerte, casas. A otros pocos, nada.

Cada familia que se iba acarreaba lo que podía. Fue así que empezaron a desaparecer chapas, ladrillos, aberturas, dejando al conventillo en el estado actual. Aunque somos pocos los que lo pudimos ver en su decrepitud. Y de esos pocos, solo algunos pueden contarla...

Dos familias continuaron en el lugar: los Hernández y los García. Estos no aguantaron mucho más y pronto se fueron. Los Hernández en realidad eran solo dos: la viuda, de unos cincuenta años, y su pequeño hijo, Pablo, el menor de cuatro hermanos.

Las personas que, en la actualidad, pasan por la vereda de este lugar ven un paredón enorme con pintadas de propaganda política, afiches descolados y algún que otro dibujo obsceno. La municipalidad, más de una vez, intentó lavarle la cara con algún mural o una manito no muy generosa de pintura, pero nunca los efectos fueron duraderos, como si el lugar se empeñara en mostrar una cara siniestra.

Afuera, al lado de la puerta que no tiene cerradura y cruce desvincijada, hay una placa de recordatorio. Dice: Fecha de construcción: 1880. Constructor: desconocido. Propietario actual: herederos de Ballerini.

Dicen que la puerta está como está porque el dueño, aquel chiquito que hoy tiene casi cincuenta años, se cansó de arreglarla: cada vez que lo hacía, al otro día amanecía quebrada, sacada del marco.

—Para mí que todo empezó cuando encontré ese frasco de mierda. Estaba abajo del piso de madera (pinotea, toma pá vos) de la casa de la vieja García. Siempre se dijo que esa vieja andaba metida en cosas raras.

—¿Cosas raras cómo cuáles? —lo interrumpí a Pablo. Lo encontré barriendo la vereda del lugar. Era la primera vez que lo veía. Yo pensé que eso estaba abandonado.

—Decían que era bruja. Yo tenía un cagazo de chico. Una vez la vi que me espiaba por la ventana de mi casa. Me miraba y se reía la vieja. ¿Sabés qué es lo peor?

—Ni idea.

—Que ya se había muerto hacía como quince años. Un cáncer en el brazo...

—Me hablabas de un frasco...

—Ah, sí. Era un frasco de mermelada vacío pero bien limpito. No estaba oxidado ni nada. Parecía nuevo. Adentro tenía una tela negra, como un paquetito, atado con un moño de hilo... sisal creo que es.

—¿Vos qué hiciste? ¿Lo abriste?

—Ni en pedo. Abrí la tapa y sin tocar lo que había adentro, lo largué en la tierra y lo prendí fuego. Para mí que ahí arrancó todo...



Me fui hasta la biblioteca municipal que *casualmente* queda haciendo cruz con el lugar, pero en la otra calle.

No me llamó la atención cuando Fabiana, la bibliotecaria, me dijo que no había archivos tan antiguos de la ciudad.

—Este lugar es muy húmedo. Lo que no se comen las ratas —yatas,

pronunció. Es entrerriana— se lo traga la humedad. ¿No querés comprar un bonito contribución? Como vamos, no sabemos si a fin de mes no tenemos que bajar la persiana...

Seguí caminando. Pensaba cómo carajo iba a hacer para investigar si no había archivos ni testigos vivos de la construcción del lugar. Para mí, era evidente que su estado actual estaba atado a algo, no sé qué, que había ocurrido en su origen...

Tendría que seguir investigando por otro lado...



Estaba pensando en eso cuando en una inmobiliaria céntrica veo una foto del lugar. SE VENDE decía abajo con amarillo y rojo.

Lógico, cuando entré, el martillero me vio y no hay que ser muy vivo para darse cuenta de que alguien como yo no puede adquirir un inmueble así. Lo único que me dijo fue que el dueño era de Buenos Aires y que antes vivió allí.

Solo una persona podía ser: García, el hijo de la bruja. Pero, ¿no era Hernández el dueño?

—Lo que pasa es que eso está en juicio hace años, nena —me dijo el cuidador de la plaza que está justo enfrente del lugar—. ¿O no sabías que a Doña Hilda la estafaron? La cagaron como de arriba de un palo, pobre vieja. Mirá que hay que ser hijo de puta. Como si no hubiese ya sufrido demasiado esa buena mujer... Ese García y el abogado...

—No sabía, ¿qué pasó?

—Que los turros estos le hicieron el chamuyo de que iba a quedar como propietaria y García iba a firmar como testigo. Pero fue al revés... Ella firmó sin saberlo... Pobre, como para pensar en papeles después de todo lo que le pasó... ¡Hey! ¡¿Qué hacen?! ¡¡Bajensen de la bicicleta guachos de mierda, que me rompen las flores!!!

No pudimos hablar más porque empezó a correr atrás de unos pibes en bici y a hacer sonar el silbato como si fuera un árbitro de fútbol.



No me costó nada averiguar quién fue el abogado estafador. San Pedro todavía es chico. Tampoco me costó saber que una parte del lugar se la vendió a los curas y que también lo estafó a García.

Lo raro es lo que pasó después. El abogado cayó en un pozo depresivo (¿casualidad? Yo no creo en las casualidades, ¿y ustedes?). Algunos dicen que estuvo hasta dos años sin salir de la cama. Su mujer enfermó gravemente: cáncer de mama. Perdió todo el pelo. Pero él no la pudo ver así porque se había reventado la cabeza de un escopetazo muchos meses antes. Una escopeta de caza. Dicen que la caza era uno de sus hobbies. Antes de caer en el pozo depresivo, claro.

A la semana siguiente, no estaba más el cartel de venta en la inmobiliaria. En su lugar, había otro que decía: CERRADO POR DUELO. El hijo del martillero se metió debajo de un camión en la ruta. Lo velaron a cajón cerrado.

No fue el único que quiso sacar tajada del lugar.¹

—Pasa, para mí, que a todos los que quieren sacar ventaja, el lugar los termina reventando. Querida, ¿sabés cuántos me vinieron a consultar pensando que yo era el dueño? Gente de mucha plata. Gente bien. Hasta el mayor corrupto, el que de verdad tiene la sartén por el mango acá, mandó a sus empleados a preguntar. Pero desistió enseguida. No, si ese no es ningún tonto. No come vidrio ese.

El que hablaba era Puero. Vecino de toda la vida del lugar. Vecino de pared de por medio. Pobre. Era como un viudo en suspenso. La mujer hacía años que se había perdido en las nieblas de la senilidad. El placer me dijo:

—Fue una tardecita que la pobre Olga lo buscaba a Fufi, su gatito, un gato de mierda, bah. Se la pasaba en la calle y ni bola le daba a la pobre vieja cuando lo llamaba. Una vez lo salvé, de pedo nomás, de que lo pisara un auto. No sabés cómo me agradecía Olguita, pobre vieja. Te decía que fue una tardecita que buscaba al bicho este para entrarlo porque tenía miedo que, alzado como estaba, no volviera y qué sé yo. Y el muy hijo de puta del gato se metió allá. En ese lugar. Olga se mandó sin pensarlo. Como nunca, la puerta estaba entreabierta. Y eso que la puerta siempre tiene un candado. Por los okupas, viste. Yo no sé qué vio la vieja pero salió muda y con el pelo más canoso todavía. Desde ese día que no salió más

1 ¿Notaron que ya no lo nombro más? Es por superstición. La historia nunca se termina de contar. Nadie está a salvo del influjo del lugar.

de la casa. Yo siempre le pregunto por ella a don Puero. Me dice que está muy perdida. Que no conoce a nadie. Que, a la noche, casi todas las noches, grita llamando al gato: Fufi, Fufi. Pero la basura esa no apareció más.

—Para mí que lo agarró el Marcos y se lo comió. Era una bestia el perro ese. Mirá que nunca lo pudieron vacunar. Entraban los veterinarios y tenían que recular nomás porque el Marcos se los quería tragar de un bocado —me respondió Pablo, una vez que me lo crucé, siempre barriendo el lugar, cuando le pregunté si sabía lo del Fufi.

También me dijo que, de un día para el otro, el perro apareció duro, duro como estatua, con las patas bien tiesas. Lo tiró por el aljibe porque no tenía pala para hacer un pozo. También me contó que al otro día de tirarlo, en la esquina del lugar, apareció un Perrito marrón “como Marcos cuando era cachorrito”. Dice que el perro se para enfrente de la puerta y ladra, ladra, ladra. Como si sintiera que adentro hay alguien. O algo.



Decidí ponerle el cuerpo a la investigación. Por eso, una noche helada de julio, agarré una linterna y encaré para el lugar.

En realidad, no sabía bien qué iba a hacer. Como dijo el placero, es costumbre que la puerta tenga candado. Además, hacía ya varias semanas que no lo veía a Pablo. Nunca le había preguntado dónde vivía ni nada. Hablé con el placero y me dijo que no conocía a ningún Pablo. Que tampoco había visto a nadie barrer el lugar.

Pensé que, de última, saltaba el tapijal y listo.

Iba cruzando por la plaza cuando me di cuenta de que estaba con suerte (¿buena?, ¿mala? Ya lo dirán ustedes...). En la negrura total solo se veía el paredón blanco, monumental, y llamándome, la puerta abierta por completo, como una boca desdentada.

No se veía absolutamente nada. Me dio muchísimo frío y, por qué no lo voy a decir, miedo.

La linterna era una porquería. Apenas alumbraba un redondel amarillo. Lo único que veía eran ramas de mora. El piso estaba lleno de raíces y un tronco acostado cortaba el paso.

No había construcciones. Solo cimientos ancestrales. Y agujeros hondos. Cocinas destortaladas. Una botellita de vidrio de Pepsi del año de ñaupa. El aljibe de piedra largaba olor a muerte. Ventanas podridas abiertas y colgando. Un murciélago pasó volando.

Apunté con la linterna para uno de los pozos. Calculo que serían los sótanos de las habitaciones. Si es que los tenían. Con cuidado fui bajando por la montaña de mugre. Las paredes, a pesar de la humedad, estaban bastante enteras. En una de ellas vi signos rarísimos dibujados. Me imaginé a algún obrero medio loco, creyéndose el Dr. Frankenstein, tratando de revivir gatos muertos.

Cuando subí, casi me maté con las raíces que estaban en el suelo. Con el golpe se me cayó la linterna. Rodó. Se apagó.

Internada en esa oscuridad absoluta, empecé a darme cuenta de un

montón de sonidos: del viento entre las hojas de laurel (me di cuenta por el aroma a salsa), los "ic, iiicc" de los murciélagos y los pasos alegres y rápidos de los ratones. Y una voz cavernosa...

—¿Marta? ¿Sos vos?

—Depende —contesté. Siempre que estoy nerviosa ni pienso lo que digo.

—¿Quién anda ahí? Mirá que tengo un chumbo.

Todavía tirada en el suelo le comenté quién era y le dije que, al pasar, vi la puerta abierta, me dio curiosidad y entré. El lugar siempre cautivó la curiosidad de los sampedrinos, de los turistas y de los perros.

—No puede ser, mija. La puerta siempre la cierro con candado.

Diego, que así se llamaba el hombre, alumbró con su sol de noche para el lado de la puerta.

Estaba bien cerrada con un candado trabex todo oxidado.

Le conté la verdad. Que estaba escribiendo un relato sobre este misterioso lugar. Nunca imaginé lo que Diego tenía para aportar.

Caminamos hacia el interior del lugar. Bien al fondo, del lado de la calle Salta, estaba ubicada la piecita (si así se le puede decir) de Diego.

No tenía puertas. Techo casi que tampoco. Un colchón, sin cotín, tirado en el suelo mugriento. Un intenso olor a amoníaco. A meada, bah.

Puso el sol de noche en el piso y buscó algo entre las pocas cobijas raídas que tenía. Me lo mostró. Era una biblia ajada.

—Yo sin esto no me quedo acá, mija. Pasan cosas raras acá.

Diego era un islero que se ganaba la vida como albañil. Pero las chan-gas eran solo eso y pronto no pudo seguir alquilando. Lo había conocido al dueño del lugar...

—¿A Pablo? —lo interrumpí.

—No sé el nombre, mija. Sé que el apellido es García.

En fin, me dijo que lo conoció cuando este le ofreció, al que era el patrón de Diego, los tirantes de pinotea que bajó. Por eso casi no había techo.

—Si se llegaba a caer, no la contaba. Pero este lugar mata a los que quieren sacar ventaja.

Otra vez lo mismo.

Diego me contó que su patrón “se aprovechó, mija, de la desesperación del pobre”. Le pagó ¿a Hernández? ¿a García? menos de la mitad del precio real de las maderas. Las revendió por muchísimo más. Con la plata se compró una 4x4 último modelo. Con la 4x4 último modelo se hizo mierda en la curva de la muerte. Había pasado un mes desde que la tenía. Todavía no le había puesto la patente.

También contó que Marito, el compañero que junto con él cargó las maderas para el patrón, se quedó con un montón de aberturas antiguas y un candelabro de bronce.

—Marito era un animal, mija. Un toro. Él solo te levantaba los tirantes de pinotea. Se necesitan dos o tres tipos fuertes para hacerlo.

Marito era evangelista. Siempre iba con la mujer y los hijos a la iglesia. Dicen que vendió muy bien lo que robó. Pocos meses después, sus vecinos le contaron a la policía que lo vieron correr desnudo por la calle.

Estaba lleno de sangre. Había apuñalado treinta y ocho veces a su mujer. Gritaba que la había salvado del pecado. Los hijos están en Entre Ríos con una tía. Marito, en el penal de Campana.

También me contó de un tal Jaro. Un personaje siniestro, muy corrupto, que aseguraba tener "contactos" para sacar adelante el lugar. Claro que, para eso, necesitaba un poder que le permitiera hacer y deshacer a su gusto.

En menos de un año, se endeudó. Se le ocurrió que vender cocaína era una buena manera de salir a flote. Hasta que se enteraron los otros narcos de la ciudad, entraron a su casa y lo hicieron desistir del intento a puño limpio. Semanas después, la mamá, una señora de ochenta años, lo encontró colgando de una soga. El cadáver todavía estaba tibio.

Pero aún faltaba más...

Diego pidió permiso para vivir ahí. Como había contado, ya no podía seguir alquilando. El dueño (a estas alturas de la historia, no puedo asegurar quién es) no tuvo problema.

—Yo vengo de noche nada más. De día trabajo, mija. No siempre la paso solo. Un hombre tiene sus cositas, ¿vio? Así que le hice una copia de la llave del candado para que ella venga a alegrarme un poco. —Se empezó a reír pero no pudo seguir porque le agarró un ataque de tos.

—Esa debe ser Marta, ¿no?

—Claro, por eso la confundí a usted, mija. No crea que es la primera vez que me pasa... Hace unas cinco noches, más o menos, la Marta me dijo que iba a venir. Siempre viene después de las unas que es cuando el marido se duerme. Yo estaba tirado ahí, con las cubijas bien hasta los ojos.

Recagado de frío, si me permite la expresión, mija. Y no va que de golpe siento los pasos de la Marta. "Chas, chas, chas", se notaba que chancleteaba apurada. Yo me tapé bien hasta la cabeza. Y me dije pa' mis adentros ' la vo a cachar, me vua ser el dormío'. Así que la Marta meta tocarme la espalda y yo, nada. Me tocaba acá la nuca, y yo nada. Me pasaba las uñas por acá atrás de las orejas y yo, nada. Me empezó a pelizcar el lomo la guacha y ahí sí, me dije, me levanto porque se me va a dir a la mierda y, mija, usté va a pensar que me faltan cinco pal peso, pero yo le puedo jurar por mi vieja que ya está finada, pobrecita, que cuando me levanté, al lado mío, no había nadie. Me fijé y la puerta tenía el candado puesto. Por eso ahora me traigo esto —señaló la biblia—. Cuando siento los pasos de nuevo (porque me pasa casi todas las noches) me agarró bien juerte de la biblia y rezo pa dentro el padrenuestro.



Al otro día, estaba en casa cuando sonó el teléfono. Atendí. Era la voz de una mujer.

—Ya sé lo que estás haciendo. Lo único que te digo es que no sigás adelante. Lo vas a lamentar.

No cortó la comunicación como suele ocurrir en las películas. Tampoco fue un llamado anónimo. Me dijo que era María, la hija de doña Hilda. Que ella, una vez al mes, lo visita a Juan.

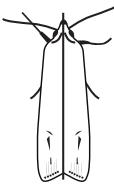
—¿A quién? —pregunté porque no entendía.

Me contó que Juan es un vidente que vive en Buenos Aires. Que él mis-

mo fue el que le advirtió sobre lo que yo estaba haciendo. Que él mismo le pidió que me dijera, textual, lo siguiente: "Eso está levantado sobre sangre. Hay muerte para atrás y muerte para adelante. No sigás. Te estás metiendo con fuerzas que no vas a poder manejar".

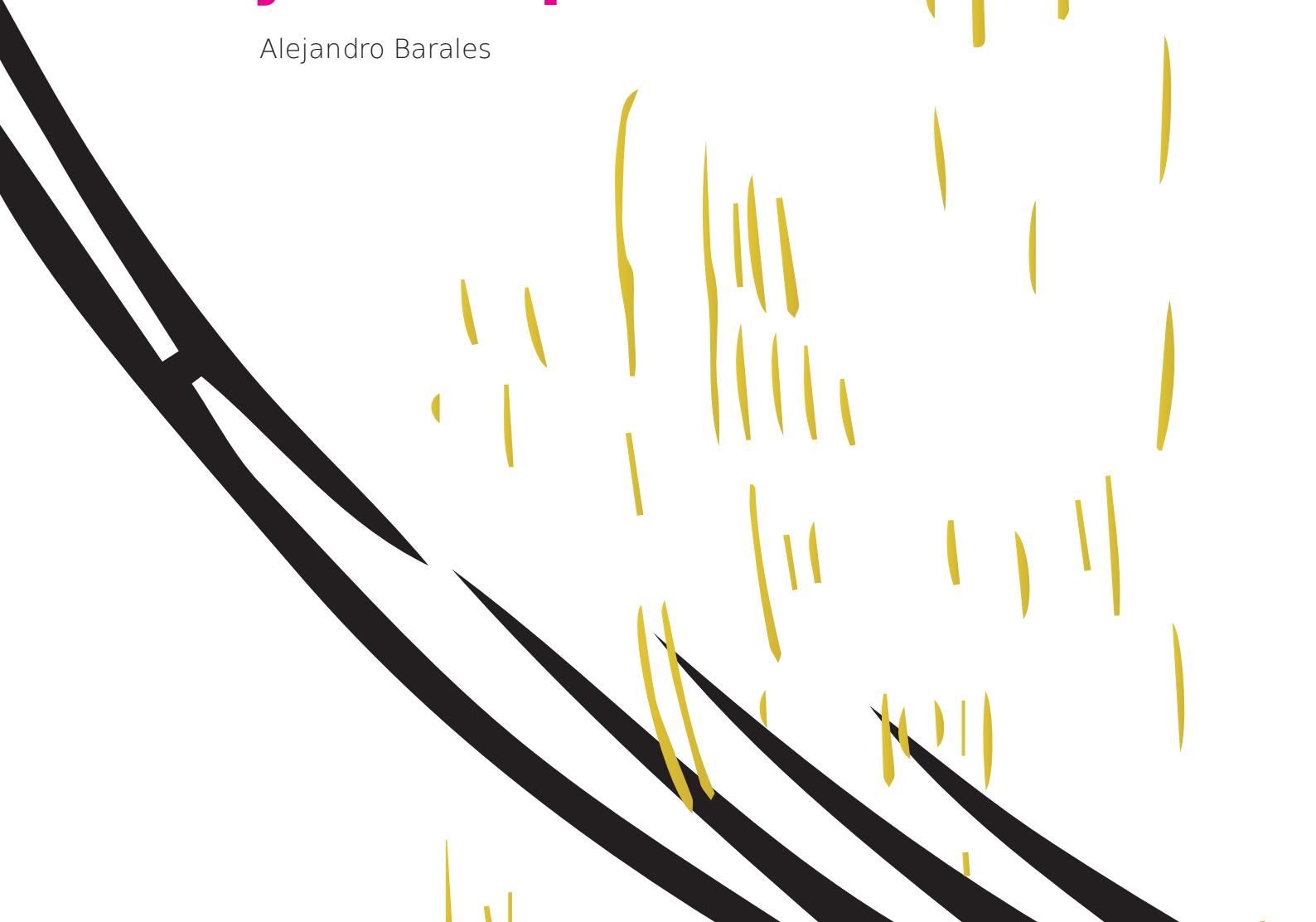
Le pregunté dónde podía encontrar a Pablo. Ella se largó a llorar. Con la voz entrecortada me dijo que el hermano no había vuelto de Malvinas. Que se hundió junto con el crucero Belgrano. Que pensó que yo lo sabía.

Mejor no hablar de ciertas cosas, ¿no?



dasein y otros poemas

Alejandro Barales



dasein

inmerso
en la nave-prueba
voy

este sujeto
ser biológico
hecho de tiempo
y calcinante equipaje

esta cápsula mía íntima
y perceptual
es mi vestimenta
preferida

mi cuerpo nave-ser
imagen proyectada

celebración

a través
de todos
los anhelos
de mi piel
respiro
y consumo
el sol

avatar luminoso
dame tu alimento
hecho
de roca
y magma
hecho de lava
y ardor
derrama sobre mí
tu lluvia
de oro
tu música
celestial

aurora del mundo
hija
de mi sol profundo
yo te celebro

la precesión de los equinoccios

la ternura
despliega
sus alas
sobre mí
cubre mi ser
blindado
al amor
desarma
mi armadura
hecha
con los vestigios
del desengaño
la ternura
vulnera
el blindaje
me presente





➤ Cuadro: *El poeta Aníbal de Antón viene volando*, de Coqui López



El que hacía las poesías

**Entrevista a
Elizabeth de Antón**

La primera vez que leí a Aníbal tenía unos quince años. Se me había hecho costumbre sacar de la biblioteca (un mueble abandonado en la pieza que ya nadie usaba y que había sido de mi papá) *Gorriones de humo*, un título que me partía la cabeza porque fusionaba lo que me parecía imposible: lo cotidiano y lo trascendental, el barrio y el cosmos, el barro y la luna; y siempre lo abría en la página 25: "Elegía para una muñeca de hospital". No tenía ni idea de lo que significaba una elegía, pero la historia de esa nena me dolía. De algún modo oscuro descubrí, siendo adolescente, que debía temer a la muerte de un hijo. Y que también debía temer a la muerte de la niña que hay en mí.

Gorriones de humo, un ejemplar amarillento que huele a vainilla y tiene el lomo ajado en las puntas, está arriba de la mesa en la que estamos les Camote hablando con Elizabeth, la única hija de Aníbal.

—¿Cómo no me dijiste que vivís en la casa de Pirucha? ¡En este patio organizaron mi despedida de soltera! —dijo ella mientras recorría con la mirada el jardín pleno de pájaros, niños, perros y plantas. Sonrió y comprendí que hablábamos el lenguaje secreto de los pueblos. Elizabeth se detiene en el libro viejo—. El dibujo de tapa lo hizo Fernando¹. Papá era muy detallista, miraba mil veces un poema. Tenía mucho miedo a plagiar, a copiarse. Siempre decía, *uno lee tanto que no sea que a uno le quede algo y otro piense que no es de uno*. Era muy cuidadoso en todo.

¿Tu papá tuvo interés en publicar?

Sí, sí, pero la cuestión económica era complicada. Con este libro (señala *Gorriones de humo*) papá y



➤ Aníbal de Antón.

mamá sacaron un crédito en el Banco Provincia en su momento, para poder editarla. Todo con un esfuerzo sobrehumano. Él era pintor, pintor de paredes, un obrero. Mi mamá era empleada del hospital.

Hoy puede sonar pintoresco decir que era pintor, valga la redundancia, pintor de brocha gorda. Pero en su momento, ¿eso fue un obstáculo para entrar al mundo literario?

1 Se refiere a Fernando García Curten, escultor y pintor sampedrino.

A él mucho no le interesaba. Publicar sí, porque sacó un crédito para poder publicar toda la obra armada. No se desesperaba. Él vio cuatro de sus libros publicados. Los otros dos no los llegó a ver². Pero no era que lo tenía frustrado no llegar al libro. Sí, puede sonar pintoresco decir eso, pero en su momento para él –seguro– era un peso tener que salir a trabajar cuando por ahí tenía ganas de quedarse a escribir. Siempre trabajó solo, nunca quiso trabajar con nadie porque además se tomaba sus tiempos, porque él estaba pintando y por ahí se bajaba de la escalera y prendía un cigarrillo. Siempre tenía encima lápiz y papel. Cuando él falleció, la señora que ayudaba en casa a hacer las cosas fue a sacar la ropa y encontró un papelito con una frase en uno de los bolsillos de la camisa. Se ve que la había escrito unos días antes, no sé si estaría pintando o dónde estaba.

Se ve que cuando le venía la inspiración se bajaba de la escalera.

¿Cultura San Pedro no financiaría una edición del libro inédito?

No lo sé, no puedo decir que no porque ni siquiera lo hablé jamás. Yo estoy en la comisión de un centro cultural que logramos reabrir, el Centro Cultural Dr. Edgardo Casella, y para mí era una deuda pendiente porque lo había fundado una gran amiga de mi papá y estaba armado por todo un grupo muy amigo de él. La base del centro cultural era la cerámica, el taller de cerámica, que lo inauguraron en 1958, yo ni siquiera había nacido, y pasaron muchas épocas y en un momento el municipio le dio un lugar al centro cultural y después se fue perdiendo en el tiempo, viste cómo es, van cambiando los gobiernos y va cambiando la gente y ese lugar queda ahí. Logramos reabrirlo después de una lucha terrible para

2 En vida de Aníbal de Antón se publicaron *Del barro a la luna* (1955), *La vuelta de Martín Acero* (imprenta de la Federación Libertaria, 1973), *Gorriones de humo* (Surcos de tinta, 1975) y *Alquilo soledad* (Rafael de Armas Asociados, 1985). *Oda final a Carlitos* (Torres Agüero, 1993) y *Aire de fueye* (Vinciguerra, 1996) fueron publicados de manera póstuma. Aún hoy *Ciudad con ángel y palomas* continúa inédito.

recuperar el lugar. Aún estamos luchando para conseguir un horno y nos cuesta horrores, así que veo difícil lo del libro. No sé, yo lo veo difícil. Tampoco te puedo decir no, porque nunca lo hablé, pero la verdad que no sé si tengo ganas de empezar a luchar con eso. Por ejemplo, hay muchas editoriales que hicieron los distintos libros que ya ni existen, está la de Torres Agüero, que hizo *Oda final a Carlitos*, me parece que ya no existe más. Después estaban Surcos de Tinta y Vinciguerra, que hizo un estudio de la obra y, si ellos consideran que es para editar, te llaman. Tienen un equipo académico que trabaja y a nosotros nos enviaron todo un análisis con elogios muy lindos. *Ciudad con ángel y palomas* ellos no querían publicarlo porque es un libro para gente de acá, con personajes de acá, es muy local, por ahí si alguien de afuera lee una poesía no le va a llegar, y bueno, ya después fue pasando, fue quedando. En ese momento vivía mi mamá y ella anduvo también con este tema, pero después ella se enfermó y bueno, pasó y pasó y pasó.

Baguala de héroes y tumbas

¿Te parece que en vida se lo ha reconocido? Yo tengo la percepción de que en los últimos años hubo un auge, una revalorización. Hace poco inauguraron el bosque de la poesía con su nombre. ¿Qué te pasa a vos con todos estos homenajes?

A mí sí, eso en especial me emocionó mucho, por lo que era. Primero porque es el árbol. Esto lo trae el hijo de Manuel J. Castilla, un poeta salteño que es de la época de Jaime Dávalos, Cuchi Leguizamón, de todo ese grupo al que papá admiraba tanto, tanto. Él decía siempre: *Salta ha dado los mejores poetas del país*, los admiraba muchísimo, la verdad, gente que ya tendría ciento y pico de años. Este hijo tiene ochenta años, es poeta también y esta es una forma de reforestar, con tantas quemas que se siguen dando... Por eso surgen los bosques de la poesía. Castilla lo fomenta en distintas partes del país y lo ha llevado a distintos lugares de Latinoamérica también: en cada lugar hay un espacio en el que se pue-

den plantar árboles. Él estaba también muy emocionado, porque dijo que era el primer bosque a orillas del Paraná, de un río. Un lugar, la

También, con Gerardo Curiá, este chico que escribe, profesor de literatura, da talleres de poesía, ellos eran muy jovencitos, son dos chi-

“ **Hace poco Coqui me dijo:
tu padre fue mi padre
espiritual.**”

verdad, muy lindo. Plantaron quince ceibos. A Castilla le gustó que eligieran el nombre de un poeta para el bosque, que por ahí no se elige en todos los lugares, en esto estuvo Coqui López³, fue él el de la idea. Coqui López lo admira mucho a papá, estuvo siempre muy cerca, incluso siendo muy mocoso, al igual que Gerardo Curiá⁴.

¿Hace un par de años organizaron un homenaje al que vino Luis Alposta?

cos que tienen cuarenta y pico de años ahora. Eran muy jovencitos entonces y se iban todos los domingos a charlar con papá, y a veces papá se reía y les decía, pero, *¿no se aburren de venir a charlar conmigo?*, por ahí estaba en la cama durmiendo y lo hacían levantar... Eran horas de tomar mate, horas... Y hace poco Coqui me dijo: *tu padre fue mi padre espiritual*, me pareció tan fuerte, iél le tiene un amor! Y Gerardo también. Compartieron mucho: charlas, consejos...

3 Artista plástico sampedrino.

4 Poeta sampedrino.

Coqui López lo ha dibujado mucho a tu papá.

Sí, muchísimo. Esta tapa la dibujó él (señala el libro *Aire de fueye*). Coqui lo dibujaba y después de su muerte lo empezó a dibujar siempre con una polera azul de lana gruesa (la de papá era gris), con alas y siempre descalzo. La primera vez que lo pintó así fue en un mural que hizo para la presentación de *Oda final a Carlitos*. Papá está en el aire con un libro en la mano, está suspendido, y tiene los pies descalzos. Yo no me había dado cuenta de un detalle, una frase que está escrita en el mural. Un día, Coqui mismo me dice, *viste lo que dice ahí: el zapato lo tengo yo, dice, porque un día fui a tu casa, justo había un baúl, me robé los zapatos, unos zapatos viejos que había por ahí*. Entonces siempre lo dibujó descalzo, y con las alas. Yo tengo en casa un cuadro que se lo regaló él a papá en su primera etapa, papá está apoyado en una mesa con el vaso y la luz le da en la cara, es una luz de esos boliches de bodegón. Está muy lindo.

¿Era de bar tu papá?

Sí, mucho. Algunos dicen que parte de los poemas del libro *Del barro a la luna*, esos más fuertes, más profundos, se hicieron en bares. Es un libro que se editó en el año 1955, toda la primera etapa de él. Cuando vino a San Pedro Eduardo Liljesthröm, un médico muy amante de las artes, en un momento que fue presidente de la Biblioteca Popular Rafael Obligado le propuso a la comisión editarle el libro a mi papá. Mi papá siempre decía que le debía una dedicatoria. Él ya había muerto cuando salió *Aire de fueye*, por eso está dedicado a Eduardo Liljesthröm. Porque siempre decía que tenía una deuda con él. Eduardo ni siquiera era de San Pedro, hacía muy poco que había llegado. Fue el primero que apostó. La comisión de la biblioteca estuvo de acuerdo. Fue el primero que lo propuso.

¿Esos libros se reeditaron?

No, son todos primera edición. Por eso casi no quedan ejemplares. Te imaginás, *Del barro a la luna* es del año 55...

Era común que Aníbal estuviera cerca de los jóvenes, ¿o no?

No, no, iban ellos. Cuando le querían hacer algún reportaje, papá nunca se negaba. Pero eran Coqui y Gerardo los que estaban siempre. Hace poco Coqui le hizo, hará dos o tres años, un homenaje en Casa Raíz al que vino Luis Alposta. Coqui empezó el homenaje pidiéndole perdón a papá porque iba a mostrar una filmación, una de las pocas que quedaron. Recuerdo que papá no quería que lo filmara, recién había llegado de trabajar: *¿Y esto? ¿Qué? ¿Lo vas a pasar en algún lado?* Y Coqui le prometió que nunca lo iba a ver nadie. Entonces, Coqui empezó el homenaje diciendo *perdoname viejo, pero pasaron muchos años y lo voy a mostrar*. Y mis hijos, que estaban ahí y que nacieron muchos años después de que papá falleciera, lo pudieron ver en movimiento y hablando. Mi hija se largó a llorar de una forma... enseguida quisieron tener el video. Ellos siempre me dicen: *iay!, ¿no quedaron fotos de Yupanqui cuando venía a comer asado?* No entienden que en esa

época no había ni una máquina con rollo en casa.

¿Así que Yupanqui venía a comer asado? Justo te iba a preguntar si lo conocía personalmente a tu papá porque hace unas críticas muy buenas de *Del barro a la luna*.

Sí. Cómo llegó a San Pedro por primera vez y cómo empezó a venir, no lo sé. Andaba en un Citroën en esa época. Cuando se iba para Cerro Colorado, pasaba y se quedaba, hacían algún asado. Siempre hacía el asado él: Yupanqui no permitía que el asado lo hiciera nadie más que no fuera él. Y lo hacía en el piso, porque en esa época no había ni parrilla en casa para hacer asado. En casa siempre fuimos de muy bajo perfil, y hace poco me decían: *che, ¿por qué no decís que tenés tantas cartas? ¿Por qué no las mostrás?* Porque se escribían, se escribían mucho. Yupanqui ha estado para cumpleaños míos, la primera vez que un hombre me regaló flores fue Yupanqui, a los cuatro años. Conservo la tarjeta. En un programa de Lalo Mir, que está

de moda ahora, él dijo que era un mito que Yupanqui hubiera estado en San Pedro. Pero Lalo Mir tendría que haber hablado conmigo, haberme dicho: *¿es verdad o es un mito que Yupanqui iba a tu casa?* Como me decía un amigo, fueron épocas de todo este movimiento cultural que quedaron perdidas, que la gente de ahora ignora. Lalo Mir podría haberme llamado y preguntado, soy accesible, e inclusive le hubiera contado alguna anécdota, si me hubiese preguntado. Pero, bueno, quedó ahí.



Dijo Yupanqui: "Me gustó el poeta Antón. Me gustó su mirar al penetrar los asuntos del pueblo, y sobre todo, su gran sinceridad (...) Ese aliento de honestidad, ese conservar lo puro lo hace respetable y, en mi caso, merecedor de un ancho saludo de hermano. Hermano Antón, gracias por sus poemas cálidos, gracias por la verdad elevada con que señala la pobreza de un pueblo que no tiene por qué ser pobre. Gracias por su 'Madre soltera'".



Sobre el primer libro de Aníbal de Antón dijo Ernesto Sabato: "Aníbal de Antón es uno de estos poetas que Buenos Aires ignora con su característica insolencia; extraño al resentimiento, con conmovedora humildad, sigue murmurando su poesía, noble, criolla y pacientemente".



➤ Extraído de: Aníbal de Antón, *Gorriones de humo, Surcos de tinta*, 1975.

¿Y cómo se sintió cuando leyó las críticas de, por ejemplo, Ernesto Sabato, que tiene palabras tan elegiosas para él?

Y... se sentía muy bien.

Porque Aníbal era lector de Sabato, le gustaba.

Sí, sí, inclusive Sabato ha estado acá en San Pedro, sí, itodos comían asado!, ¿viste? Todos comían asado y tomaban vino. En casa nunca estuvo, pero en un comentario que hace Sabato al disco de Cacho Cristiano cuenta que estuvo en San

Pedro comiendo un asado con un grupo de sampedrinos. Yo no me acuerdo, era muy chica, pero sé que había sido completa la noche: Sabato, Abelardo (Castillo), Sylvia (Iparraguirre), Matilde, la señora de Sabato, Fernando García Curten y Susana Tosso, Cacho Cristiano con la novia, en la casa de los Farina... Después, en otras oportunidades, vino él a la biblioteca a dar más de una conferencia y se volvieron a encontrar con papá y cenaron, pero nunca en casa. Se acostumbraba mucho antes escribirse cartas, tengo varias cartas de Sabato, era muy común, ahora tal vez se hubiesen mandado un whatsapp. Algun día nos podemos encontrar en casa y les muestro. La letra de Sabato es chiquitita, chiquitita, que apenas la podés distinguir, diminuta.

**¿Y de qué hablaban en esas cartas?
¿De libros, de otros escritores?**

Sí, por ahí de libros que justo se editaban, o un poema o algo relacionado, de saludos y cosas así. Tengo una carta muy linda que Yupanqui le escribió en Japón. Le contaba a

papá que estaba en Hiroshima, habían pasado veinticinco años de la bomba y Yupanqui escribe *el hombre más viejo de este lugar tiene veinticinco años*. También cuenta que está cansado de no poder hablar por la barrera del idioma, que está aburrido en el hotel sin poder hablar con nadie... Yupanqui también recuerda que un día los agarró una tormenta haciendo un asado y que Antón iba y agarraba una chapa y agarraba otra y la ponía arriba del asado para taparlo. En varias cartas le recomienda: *si está haciendo un asado, que no le llueva*.

Por ahí hay cosas que se me han perdido, no tengo todo, se perdieron con el tiempo; parte de la biblioteca, por ejemplo. Estaba en el living; en esa época la casa era muy chica, no había tanto espacio y la biblioteca ocupaba toda una pared, de arriba hacia abajo y de costado a costado. Después de la muerte de papá, mi mamá estuvo mucho tiempo muy enferma. Yo tenía los chicos chiquitos, había muchas mujeres para cuidarla, ella estaba postrada en la cama... y bueno, era todo muy

complicado y hubo un momento en que yo no me di cuenta... había goteras y se perdieron muchos libros. Además, el tema para conservar los libros es el movimiento, es lo único que los conserva, cuando mantenés una biblioteca sin abrir, el libro se va desgastando. Papá estaba continuamente en movimiento con su biblioteca: revisaba, revolvía, sacaba libros viejos; le gustaba mucho releer libros que le habían interesado.

Lecturas y disfrutes de Fray Agudo

¿Qué leía? ¿Era ecléctico?

Sus escritores favoritos eran Anatole France y Stefan Zweig, tenía sus obras completas. También leía a Ray Bradbury, Edgar Allan Poe, Gorki; de los argentinos, Borges y Bioy Casares. Le gustaba mucho Leónidas Barletta, por eso del compromiso social, y eso tan de arrabal. Papá era miembro de la Academia del Lunfardo... Le gustaba también este escritor no tan conocido... El que escribió *Rosaura a las diez*... ¡Marco Denevi! Sí, le gustaba mucho. Un autor muy olvidado. No se lo recuerda, no se lo nombra.

¿Aníbal tenía un lugar favorito para escribir?

Dependía del clima, imaginate. Papá hace 31 años que falleció y vivió en una casa donde todo era sencillo. No había aire acondicionado, no había gas natural. En el invierno, su lugar era la mesa de la cocina. En general se levantaba a las cinco o seis de la mañana, le gustaban el amanecer y el silencio. Se acostaba temprano para disfrutar la mañana. Yo conservo la mesada de la cocina porque ahí siempre él apoyaba el libro.

¿Y el cine le gustaba?

Sí, sí, era muy fanático, sobre todo del cine muy antiguo. Bueno, uno de sus libros lleva el nombre de Chaplin. Le gustaba mucho la música, le gustaban mucho los concertistas de guitarra, la música clásica; a mí me acompañaba al Colón porque me apasiona el ballet clásico. Le gustaban todas las artes.

Y eso, ¿vos creés que un poco viene de su casa, de su crianza?

Yo no los conocí a mis abuelos. Pero todos los hermanos de él han sido

siempre muy espirituales, con mucho amor al libro. La última hermana, que falleció el año pasado, tenía 93 años. Ella sí era nocturna, se acostaba a las cinco o seis de la mañana. Yo por ahí le decía *¿y seguís con los vicios de la noche y del puchó?* Y ella contestaba: *y... ¡a esta altura de la vida!* Ella se que-

ba. Y bueno, por ahí mis tíos -mi papá no tanto, mi papá lo justificaba- decían que era muy bruto, que no las había hecho estudiar. Tenían todos la escuela primaria. No sé si papá vendría más de la veta de la mamá. Tampoco la conocí. De la familia de los Mascetti. Mi abuela murió un año antes de que yo naciera.

“ Enrique Nieto de Torres le dijo: si querés escribir bien, tenés que ir a juntar duraznos y leer mucho. ”

daba también a escuchar música, a leer. A otra de las hermanas le gustaba pintar. Sí, algo en la casa debe de haber sido. El papá era una persona muy sencilla, asturiano. Vinieron con toda la familia, a principios de 1900, les habían matado a todos los hermanos varones en unas guerras de 1800, y él era el más chico, el único varón que había quedado. Tenía diez años, Adriano se llama-

¿Aníbal escribía desde chico?

Papá le dejaba siempre, por debajo de la puerta, poemitas que escribía a Enrique Nieto de Torres, director del diario Propósitos de Bien Público. Enrique, que después fue un gran amigo de papá -papá lo admiraba mucho-, leía los poemas y una tarde le dijo: *si querés escribir bien, tenés que ir a juntar duraznos y leer mucho.*

¿Qué edad tenía tu papá?

Era chico. Unos doce o trece años. Ya en su juventud trabajó en algunos periódicos anarquistas.

En El Imparcial publicaba artículos con un seudónimo, Fray Agudo, ¿sabés por qué había elegido ese nombre?

No, la verdad que no⁵. Pero escribió durante muchos años. Empieza con Andrés Montero en El Imparcial. Después don Andrés Montero tiene muchos problemas económicos y en vez de despedirlos a todos y quebrar, prácticamente les regala la imprenta a los cuatro empleados para que ellos continúen. Y hasta el día de hoy continúa Oviedo y las hijas de los Bolla.

Eleomar

¿Y tu mamá lo acompañaba en esto de la publicación?

Sí, ella siempre ayudó mucho, inclusive en el tema económico, ella se dedicó a trabajar muchísimas

horas... Era auxiliar de laboratorio, había abandonado medicina cuando se vino de nuevo a San Pedro, se volvió al campo. La familia de ella era del campo, mi papá era amigo de mi abuelo materno, ahí lo conoce, por medio de mi abuelo.



➤ Elizabeth, Aníbal y Eleomar.

5 Coqui López nos contó que “él firmaba ahí como Fray Agudo, porque estaba Fray Mocho, y él era Fray Agudo, un juego de palabras.”

Pero ella no tenía mucha diferencia de edad con tu papá, ¿o sí?

Papá le llevaba once años. Mi abuelo materno era anarquista, como todos estos inmigrantes italianos, y papá era un librepensador, pero de lo que más cerca estuvo siempre fue del anarquismo, y era todo un grupo, un movimiento cultural que había en San Pedro en esa época, y ahí se conectaban todos ellos, por eso se conocían. Cuando se casa, mi mamá empieza a trabajar en el hospital ya que había tenido unos años de medicina, después hizo una tecnicatura en Pergamino y trabajó siempre en laboratorio en el hospital. Trabajaba muchas horas para acompañar y darle un poco de lugar para que papá pudiera escribir, en eso estuvo siempre al pie del cañón.

Papá Aníbal

¿Cuál es el recuerdo más lindo que guardás de tu papá?

¿Uno solo? ¡Qué difícil! Su presencia, su tranquilidad, su paz, era un hombre muy calmo, de mucha paz, muy pacífico, muy de explicar las cosas. Nunca levantaba la voz, se

enojaba por ahí, sí, se enojaba y se ponía muy serio, pero tenía una forma muy suave para todo, era muy de la palabra. Veía a mi papá con esas actitudes y creía que todos eran así, y no.

Siempre veía la parte linda de las personas y las motivaba. Papá era muy compañero, un padre presente. A mí me dejó muchas, muchas cosas, enseñanzas, formación, de ser tan claro, tan sin vueltas, no sé... quizás queda como halagarlo mucho, pero yo lo veía como una persona tan honesta, tan de su forma de actuar, tan auténtico. Nunca lo vi por detrás hablar nada de nadie que no haya aclarado de frente. Sí, una de las cosas que siempre más admiré en él es su honestidad, pero qué sé yo, medio que me da vergüenza halagarlo así... Yo por ahí veo gente vieja que se lo dice a mis hijos, que no lo conocieron. A mí, la verdad, me llena de orgullo cuando les dicen eso, por ahí hasta más que cuando le dicen *qué gran poeta que era*, porque fue una persona íntegra, muy buena, muy solidario, muy querido. Yo ya me jubilé, pero cuan-

do trabajaba, iba a cualquier barrio, los lugares más pobres, me presentaba como la asistente social, *¿qué es usted del poeta?*, me decían. Y en cualquier rinconcito, por ahí no sabían mucho de su poesía, salvo que era un poeta, pero siempre me hablaban bien. Y digo, pucha, qué herencia. Para mí fue muy fuerte.

Por ahí viene la impronta de tu papá, ¿no? Porque yo lo veo muy comprometido socialmente.

Sí, la impronta de mi papá, de mi abuelo Alejandro. Sí, esta cosa de librepensador. Yo no lo veo atado a una idea política fanatizada, era un hombre que no se enceguecía, no era de fanatismos. Volviendo a esto de los bosques, del bosque de la poesía, es muy lindo porque además el concepto que tenía él de la naturaleza, de los árboles, de preservar el ambiente. Entonces el tema del árbol... a mí, en ese sentido, me emocionó ese homenaje



➤ Elizabeth mirando una foto de papá Antón.

como pocos, porque el hijo de Manuel J. Castilla me dijo que cuando mis hijos le dieron los libros de papá él sintió como si se los diera el propio poeta. Le digo: *mi papá lo admiraba tanto a su papá*. Se quedó impactado... Me dijo: *iPor eso! iPorque yo sentí algo especial!* Mi papá lo admiraba muchísimo a Castilla. Las casualidades, ¿no? Que después de tantos años el hijo de Manuel J. Castilla venga a San Pedro a inaugurar este bosque de poesía al que le ponen el nombre de Aníbal de Antón.

Luz de los días desaparecidos

El mural de la India que está en la barranca está siendo restaurado. Ya tiene los colores originales y están recuperando la poesía que está del otro lado, la de papá. Es lo único que quedó de un proyecto de toda esta gente, de todos estos anarquistas de fines de 1950, principios de 1960, de hacer un anfiteatro al aire libre con un espacio cultural. El escenario se hizo en cemento junto con las gradas. Los artistas iban a

estar de espaldas al río, a la barranca, y el espectador, de noche, tenía como telón de fondo el río. Lo organizó Felipe Gómez, en su quinta, cedió un espacio. Felipe Gómez había sido de joven un anarquista, amigo de mi abuelo, que había andado de coto (que eran los peones golondrina que hacían la recolección de la fruta) durante mucho tiempo. Después volvió a San Pedro, logró comprar unas parcelas de tierra, empezó a poner limones y le fue bien, muy bien. No tuvo hijos. Él cede ese espacio, ese pedacito de su propiedad para hacer esto. Ya estaba grande. Empezó con un alzhéimer avanzado y un buen día dijo *vendería* y ahí aparecen siempre las personas que están a la pesca de todo eso. Nos enteramos cuando ya había firmado. Compró un personaje de San Pedro que siempre fue muy hábil para hacer los negocios, enseguida hizo parcelas, loteó todo y vendió.

¿No se llegó a inaugurar eso?

Yo creo que sí, algunos espectáculos se hacían, folclore y talleres.

¿Y el anfiteatro quedó ahí?

Me acuerdo de que un día fuimos con mamá, a modo de despedida, y me acuerdo como si fuera hoy, cómo estaban picando... había esculturas que se perdieron, la India se salvó porque está justo sobre la barranca y como por ahí tiene que pasar una calle, fue lo único que zafó.

El poema que está ahí, ¿de qué libro es?

Está en *Ciudad con ángel y palomas*, el libro que todavía no se publicó. El mural lo hizo Miguel Prelato, que era un pintor de San Pedro, del grupo de la gente de Alfonsina Storni, de todo el grupo del Tortoni, de cuando empezó el Tortoni en el sótano, muy amigo de Benito Quinquela Martín. Miguel tenía un barquito con el que salía a pintar, le gustaba mucho salir por el Río de la Plata hasta el Uruguay. Quería ir con Susana, la esposa, que eran muy amigos de mi familia, él era muy amigo de papá. Iban a ir unos días a lo que llamaban el cementerio de los barcos en el Río de la Plata. A Susana justo se le enferma la mamá y decide quedarse.

Qué sucedió, nunca lo vamos a saber, nunca se encontró ni un pedacito de nada, se dijeron tantas cosas, tantas cosas... En *Ciudad con ángel y palomas* hay un poema de despedida que le hace papá. Eran muy amigos, íntimos. Papá siempre contaba que cuando falleció la mamá, mi abuela, el primero que llegó esa noche a acompañarlo fue Miguel. Mi papá se acordaba de que él le dijo: *¿cómo falleció? ¿falleció tranquila?* Y así había sido. *Nosotros vamos a morir ahogados*, le dijo Miguel. Papá murió faltándole el aire, por el cigarrillo, y con Miguel no sabemos qué pasó en el río, entonces siempre me quedó esa frase.

Prelato pintó la India y sobre el cemento, le dio un trabajo terrible, sobre el cemento fresco fue escribiendo el poema que es "Oda al Paraná". Con el tiempo lo fueron pintarajeando. Y ahora están haciendo un trabajo recuperándolo con los colores originales. Así que hay mucha cosa nueva que ha surgido ahora en San Pedro. Y reconocimientos no solo a papá, a toda la gente de esa época.

Proyecto de autoepitafio

Aníbal de Antón

El plazo se ha cumplido. Devuelvo lo prestado.
El deudor de la noche tarde o temprano paga.
Que alguien me perdone si escasa luz he dado
con mi vida, esta débil lámpara que se apaga.

Ya nada importa nada; ni el triunfo ni el fracaso.
Renuncio al porvenir. Me inscribo en el pasado.
Ya sé por qué la aurora es igual al ocaso.
Que el pañal y el sudario de igual tela han cortado.

Rescato lo perdido,
mi antes ya lejano,
que tenía escondido
este después cercano.

Dejo a quienes me amaron un abrazo y un beso.
Vivir fue ir andando hacia esta despedida.
¡Tan natural es irse!... Simplemente es un regreso
al punto de partida.

➤ Poema inédito, escrito en un muro en la entrada de su casa.

Poeta del pueblo

¿Vos creés que de alguna manera ser de San Pedro limitó un poco que se difundiera más su obra?

Tampoco él hizo nada... Él por ejemplo tenía claro que por ahí quedar-se muy estancado en esa época era difícil. A Abelardo Castillo, por ejemplo, le interesaba triunfar. Él también era de acá de San Pedro, bastante más joven. Nació en Buenos Aires, pero se crio acá. Cuan-do él empieza a escribir, muy jo-vencito, no tenía con quién hablar ni a quién acercarse, y se acercó a papá. Papá se dio cuenta ensegui-da de que él quería ser conocido. Entonces siempre le aconsejaba que se fuera de San Pedro. Se lle-vaban diez u once años. Tenía muy claro que para poder triunfar había que irse. Papá nunca se quiso ir. A él nunca le preocupó la fama ni nada de eso. Él necesitaba escribir. Él decía que no podía vivir sin escri-bir, como no podía vivir sin leer. Era como una droga. Estaba en la casa de una tía de mi mamá en Buenos Aires, creo que me habían llevado a mí al médico, y mi papá se quedó

esperando a mi mamá en la casa de esta tía, y hay casas donde no hay libros, donde no hay ningún libro, y cuando volvió lo encontró leyendo la guía telefónica, las guías de esa época que eran gruesas así. Él siempre contaba, está en un repor-taje, sobre el sonido de la hoja que da vuelta cuando va leyendo, que para él era... necesario. Sí, el libro, el mate y el cigarrillo.

Lo que quise preguntarte era si vos sentís que en vida de él era recono-cida su obra y su figura.

A él más de una vez se lo pregun-taron y él siempre dijo que sí, él consideraba que sí, siempre decía que por ahí le daban más importan-cia de la que tenía, que no era para tanto, que él simplemente hacía las poesías.



Del barro a la luna

La mirada de Coqui López

La casa queda justo en una esquina. Es una casona con ladrillos a la vista y una puerta que parece una ventana. Adentro el ambiente es oscuro pero cálido. Lo primero que vemos es la pintura, enorme, en la que Aníbal está descalzo y con alas de ángel. La misma que mencionó su hija Elizabeth y que abre la entrevista que le hicimos para este número.

Ese cuadro estuvo muchos años en la Secretaría de Cultura, desde 1993 hasta 2013. Fue realizado para la presentación del libro Oda final a Carlitos.

Quien habla es Jorge H. López, más conocido como Coqui, talentoso y originalísimo artista plástico de la ciudad de San Pedro. Y, de aquí en más, hablará con gran admiración y cariño de su padre espiritual: Aníbal de Antón.



¿Cómo lo conocí a Aníbal? La verdad que no sé cómo lo conocí. Lo conocí antes de conocerlo en realidad, porque Aníbal era Aníbal. Mi papá, mi tío, todos tenían un libro de Antón. Y en mi casa no había muchos libros. Te diría que los únicos libros que había en mi casa eran los de Aníbal, como literatura digo. Ya de chico y cuando fui adolescente me impresionaban mucho algunas poesías. El compromiso social de Del barro a la Luna. Creo



que nunca lo dejó a eso. Siempre él se interesó por el otro. Siempre le dolía el otro. Pero, sí, tal vez está mucho más en ese libro. A "Madre soltera" lo dibujé muchas veces. Se me apareció varias veces.

Aníbal era muy querido. Muy, muy querido. Muy respetado. Vivía muy sencillamente. Era pintor de brocha

gorda, tomaba una copa con los parroquianos. Toda la gente con la que me crucé, gente que me conocía y que lo conocía a él, decía que tenía un ángel, era él, Aníbal, el poeta.

Fernando García Curten era mi maestro y él era un gran amigo de Aníbal. Seguro que la primera vez que lo crucé fue en el taller de Fer-

“¡Aquí están!... Botines viejos / de mis líricas andanzas...”



—¿Y por qué está descalzo? (señalo la pintura del Aníbal alado).

—*La verdad que no sé por qué está descalzo. Creo que porque yo tengo que usar los zapatos. Pero corrijo a Elizabeth, porque dice que yo me los robé, pero yo no me los robé (risas); Fernando (García Curten) habrá sido, él me los dio. Unos zapatitos como de baile y por eso ahí hay algunas escrituras en el dibujo y una dice: los zapatos los tengo yo. Y todavía los tengo.*

La figura de Coqui se pierde en uno de los pasillos de su casa y vuelve, al rato, sosteniendo un zapato negro, de cuero, un poco ajado. El zapato de Aníbal.

Más tarde, Coqui me mostrará una foto en blanco y negro del poeta.

—*Esto es en la casa de él.*

—¡Mirá cómo era la biblioteca! ¿Te recomendaba libros?

—*Seguramente, no recuerdo.*

—Che, ¿qué tiene puesto? ¿Los mismos zapatos que están acá?

—*iNo te puedo creer!*



nando. Después, con dos amigos de aquellos años empezamos a hacer contacto, sobre todo Gerardo Curiá y yo. Te hablo del año 86, 87, por ahí. Después él se fue a estudiar y yo seguí yendo, me seguí relacionando con Aníbal. Los domingos pasaba a la tardecita por la casa de Aníbal, aunque sea a tomar un té, y él tomaba mate. Y fueron años... A mí me influenció mucho esa poesía, su presencia. Hablábamos del San Pedro de antes. Me gustaba que me contara esa historia, de cómo era San Pedro antes, sobre todo porque era un gran contador de historias. Nunca me reí tanto con una persona como con Aníbal, pero mucho, eh. Él tenía un dejo así como de tristeza, de nostalgia, pero cuando entraba a contar historias, historias de boliche, de jodas, la verdad que yo me divertía. Me acuerdo cuando contaba que, en un bar, a un tipo le cambiaron el sombrero y le hicieron creer que le había crecido la cabeza.

También hablábamos de pintura pero no me acuerdo qué pintor le gustaba a él, porque le gustaba el dibujo. Es más, hace pocos días, su

hija, Elizabeth, me mostró y regaló uno de los dibujos que él hacía. Dibujó cuando era un muchacho, hizo un curso por correspondencia de esos que se hacían antiguamente y hacía esos dibujos de correspondencia, qué sé yo, pintaban un yeso. Tengo un autorretrato que debo enmarcar.

Aníbal era un tipo sensible. Me marcó mucho. Te digo más, hasta un año después de su muerte no dibujé otra cosa que no fuera a Aníbal. Me ponía a dibujar y salía Aníbal y salía Aníbal. Son esas personas que te marcan, y te marcan un camino también porque él fue consecuente con su escritura y con su vida también, fiel a sí mismo hasta los últimos días. Es más, yo creo que eligió los caminos más largos, los más evitables, los más duros. Él no buscó los favores de nadie, es más, yo creo que él atentaba contra sí mismo porque lo venían a buscar para cualquier cosa y él no, no quería saber nada. Yo por esos años entré a Canal 4, el canal local, de camarógrafo y me dieron permiso para salir con la cámara a grabar.

Me dije lo tengo que grabar, no hay muchas grabaciones de Aníbal. Así que fui a la casa de él con la cámara. En un momento se escucha en la filmación que él mira para la cámara y dice esto no es para allá, ¿no?, con un semblante así (frunce el ceño). El “para allá” era para el canal, pero yo le dije que no, que esto era para mí. Ah, bueno dijo y entonces seguí grabando. Si hubiese dicho que sí, ahí se cortaba. Él nunca la vio y yo nunca la quise mostrar. Solo lo hice muchos años después, en un homenaje al que vino Luis Alposta, uno de sus grandes amigos.

Hace poco volví a entrar a su casa. Pasaron veinticinco años desde la última vez que había estado allí. Me emocioné mucho porque me acordaba de dónde se sentaba él, dónde me sentaba yo, la cocina. Y no tengo fotos con Aníbal, yo lo frecuenté mucho. Nos hicimos amigos a pesar de la diferencia de edad que había. Yo tendría veinte años. De hecho, en el año 89, cuan-

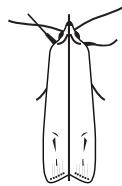
do nació Florencia, mi hija, (mirá, me arrepiento tanto) me pregunta ¿Cómo le va a poner?. Florencia, le digo y me dice uy, qué lindo nombre para un soneto, ¿no quiere que le haga un soneto? Y a mí me dio tanto pudor decirle que sí, no sé... me dio cosa. No se moleste, le dije. Y me arrepiento tanto porque, si no, Florencia tendría su soneto.

Crecí en un San Pedro privilegiado, de gente como la que había en ese momento, porque frecuentaba a Fernando (García Curten) no solamente yendo al taller, sino yendo a hablar con él. Pedro Suñer¹, bueno, hasta me ha dado changas para que yo pintara, hiciera algunos trabajitos. Vos podías hacerte un recorrido por San Pedro y hablar con Fernando, con Pedro, con Aníbal; no sé si en otras ciudades tienen el privilegio de encontrar gente de esa calidad que le abrieran las puertas a un muchachito, como era yo. Me marcaron en lo que soy, yo me he tomado el compromiso de hacer lo que hago de la mejor ma-

1 Escultor sampedrino.

nera que puedo, y tratar de buscar un camino que sea el mío, que pueda reconocerse lo que hago como algo..., no sé, yo pinto con barro, con barro del río, por ejemplo, es un camino que me llevó a esa singularidad, durante muchos años buscaba hacer una textura para mis cuadros y nunca estaba conforme. Ese de Aníbal (señala el cuadro del que hablamos al comienzo) tiene mucha chorreada, mucha cosa, hay una búsquedad ahí de materias, materiales y texturas que nunca llegaron a conformarme, lo que buscaba era otra cosa. Eso seguramente lo ha hecho otra gente, pero no tiene nada que ver con mi cultura. Una vez, sentado a orillas del río, vi cómo pegaba el agua en la costa y me di cuenta de que la textura que yo necesitaba en el cuadro era esa. Había hecho todo un camino para darme cuenta de que estaba muy cerca. Y eso se emparenta con que yo nací en una casita muy humilde, a orillas de la barranca, a pocos metros del río, mi infancia, todo, pasó a través del río. Mi abuelo tenía una canoa. Hasta el día de

hoy me acuerdo cuando con mi tío Julio Spagnuolo (otra persona muy importante en mi vida) nos fuimos un día a la isla y en el remo quedó un pedazo de barro. Me dijo esto es arcilla. Yo era gurrumín, tendría seis, siete años y fascinado vine a la casa de mi tío y me puse a hacer un muñequito de barro, itan entusiasmado estaba jugando con ese barro!... Hoy sigo haciendo lo mismo, hoy puedo ser ese pibito que va a la isla y junta un poco de barro y trata de hacer algo. Ese camino yo creo que lo pude ver, lo pude encontrar, porque me encontré con estos artistas, y uno fundamental para mí fue Aníbal de Antón.



Una semblanza

La mirada de Abel Zabala

Elizabeth nos contó que la mejor semblanza de su padre la hizo el escritor Abel Zabala, quien fuera, además, un gran amigo del poeta.

Los siguientes fragmentos fueron extraídos del libro *Caminé con ellos. Maestros de la palabra viva que alimentaron mis sueños*, editado por Dunken en el año 2015. Agradecemos especialmente la generosidad de Abel Zabala, su autor, quien nos ha permitido publicar estos párrafos (los subtítulos son nuestros, las vaquitas son ajena)s:

Aníbal, el amigo

(...) En 1970 lo conocí personalmente; fue en su casa (...). En ese primer encuentro ya coseché dos modismos de su pintoresca jerga: cuando me retiraba me invitó a

prosear y a verdear cuando quisiera (traducido: a conversar y tomar mate). Dos verbos que conjugaríamos, fervorosamente, en los próximos veinte años...

(...) La hospitalidad de Aníbal y Eleomar fue proverbial: su casa siempre estuvo disponible para nosotros... aunque no estuvieran¹. Ya sabíamos debajo de qué maceta se encontraba la llave (...) las veces que llegamos y lo encontramos enfrascado en la lectura... con el mate ya "lavado" y con el agua de la "pava" fría. Abstraído. Cebaba un mate y lo iba tomando maquinalmente. Tan concentrado estaba que nos decía: "Por ahí tienen la pava y el mate; calienten agua y vayan tomando; en la heladera hay leche para los chicos. Atiéndanse". Con la

1 Entrábamos por la puerta de la cocina, que daba al patio trasero. Allí colocaba una escoba parada, en cuyo rabo prendía un cartel con la leyenda: "Me jui".

certeza de saberse comprendido, seguía leyendo unos párrafos más. Entonces cerraba el libro e iniciaba la conversación.

Aníbal, el escritor

(...) Aseguraba que podía pasar un día sin comer pero no un día sin leer. Su amor al libro fue incomparable.

(...) No escribió como pudo... escribió como quiso. ¡Pensar que alguna vez le escuché decir: "La poesía es un soplo que siempre se nos escapa"! Me animo a contradecirlo: no siempre se le escapó.

Como nota anecdótica, acoto respecto a su método de escribir: no corregía con tachas y refacciones sobre el borrador de un poema; escribía una nueva versión. Hasta cinco veces.

Aníbal, el renegau

(...) Aníbal trascendió su ámbito aldeano pese a su pertinaz opción por vivir apartado de los cenáculos letrados. "Para escribir no es necesario andar en patota", dijo alguna vez aquí, en mi casa.

(...) Allá por 1974, en el Canal 11 de Buenos Aires, se realizó un programa alusivo a San Pedro (...). Los organizadores lo querían destacar a Aníbal en dicho programa pero, como descontaban que no iría, urdieron un plan para llevarlo engañado... Lo invitaron para ir; por supuesto que se negó. Como nadie lograba convencerlo tuvieron que intervenir esposa e hija: Elizabeth -pequeña entonces- diciendo que quería conocer un canal de televisión y Eleomar recriminándole que, culpa de él, la nena se iba a quedar sin esa alegría. Tocaron el resorte justo... Aníbal fue. El estudio había sido ambientado con mesas y sillas. Estaba muy cómodo como público... Hasta que, en medio del programa, se acercó a su mesa el conductor Antonio Carrizo, micrófono en mano y lo saludó. Recién allí supo que él era uno de los homenajeados.

(...) Alguna vez me confesó, disculpándose por no participar en la presentación de un libro (...): "Una invencible timidez me inhibe para hablar en público. Padezco público-fobia".

Madre soltera

Aníbal de Antón

Tarde caliente. Techo de parra.
Humilde cuna. Niño dormido.
Tartamudea una chicharra.
El viento anda sin hacer ruido.

Sueña la madre (madre soltera).
Casi una niña y casi vieja.
¡Clara mañana de primavera
que se ha nublado sin una queja!

Adolescencia descolorida
de desengaño. Herida rama
volcada en sombra sobre esa vida
tierna, ¡que es todo lo que ella ama!

Sobre ese niño. ¡Luz de sus ojos!
¡Flor de su carne! ¡Caro tesoro!
Carita blanca. Labios muy rojos.
Dulces hoyuelos. Sonrisa de oro.

El niño duerme, y el sonajero
es cual la muda voz de su sueño...
¡Le canta un pájaro al sol de enero!
Piensa la madre. Duerme el pequeño.

Y mientras borra de su alba frente
un lunar negro que es una mosca,
sin querer, piensa en el ausente,
del que no espera "lo reconozca".

"Total, el hijo nada le importa...
sigue su vida de baile y farra"...
Medita, con la mirada absorta
fija en el verde techo de parra.

Todo el acerbo dolor sufrido
que rememora, nubla sus ojos.
Ya es un cadáver su amor perdido.
Todas sus flores ya son abrojos...

Y aun sufre insultos y oye reproches
de sus hermanos y de sus padres.
¡Oh, el llanto ahogado de tantas noches!
El chismorreo de las comadres...

Ve alzarse ante ella, cual negro, mudo
vuelo de cuervos, al vecindario.
Ve en cada boca, tras el saludo,
crecer el charco del comentario.

Sonrisas péridas de solteronas
secas, heladas de hipocresía;
de niñas puras, y de beatonas
con pensamientos de mancebía.

Se ha despertado el "mocosito"
trayendo un llanto que es una queja;
y empieza un canto dulce, bajito,
la madre (niña y casi vieja).

Se dulcifica la tarde entera
y la chicharra calla, escuchando.
Canta la niña. Y se dijera
que a una muñeca le está cantando.



➤ Extraído de: Aníbal de Antón, *Del barro a la luna*, 1955.

Poesía

Anita Ottoline



➤ Ilustración: Nicole Ciriaci

Poesía I

No tengo motivos
Ni razones
Ni justificativos
Ni alabanzas
Ni preguntas
Ni respuestas
Ante el baldío de la soledad.
Resulta que las habitaciones
Se inundan de palabras
Que lo impregnán todo
Pero que desaparecen
Con el soprido de lo imposible...
Todas las que fui
Y todas las que seré
Y todas las que debería haber sido
Se unen
En pos de lo inimaginable.
No me alcanzan las pinturas
Ni me alcanzan los acordes
Pero no por ello
Me rindo ante las tempestades.

El arte surge de lo imposible
Y remonta a lo pasado
Como una mancha que nos abraza.
Y cuando no tengo fuerzas
O no termino las carreras
O me derrumbo
En desintegraciones atómicas
Descubro en mí
Una porción de mundo
Que lucha por la existencia
Y por la subsistencia
De una realidad
Que se cae a pedazos.
Y me apresuro por resolver
Todo lo que quedó pendiente en esta vida
Y en vidas pasadas
Para descubrir al fin
Que no hay nada a la espera
Que todo es provisorio
Y que eso me basta
Para dilucidar la dulzura
Del mundo
Otra vez.

Poesía II

No es necesario despertarse todos los días
Rebosante de felicidad.
No es necesario
Amanecer todas las mañanas
Sabiendo qué rumbo tomar.
No es necesario
Mirarse al espejo
Y proclamarse dueño de uno mismo.
Pero
Sí es necesario
Proclamarse necesario
E intentar
Simplemente intentar
Responder
Las preguntas
Entre las millones de preguntas
Entre los millones de dolores
Entre las millones de ambiciones.
Intentar comprender
Qué me importa
Para restarle importancia

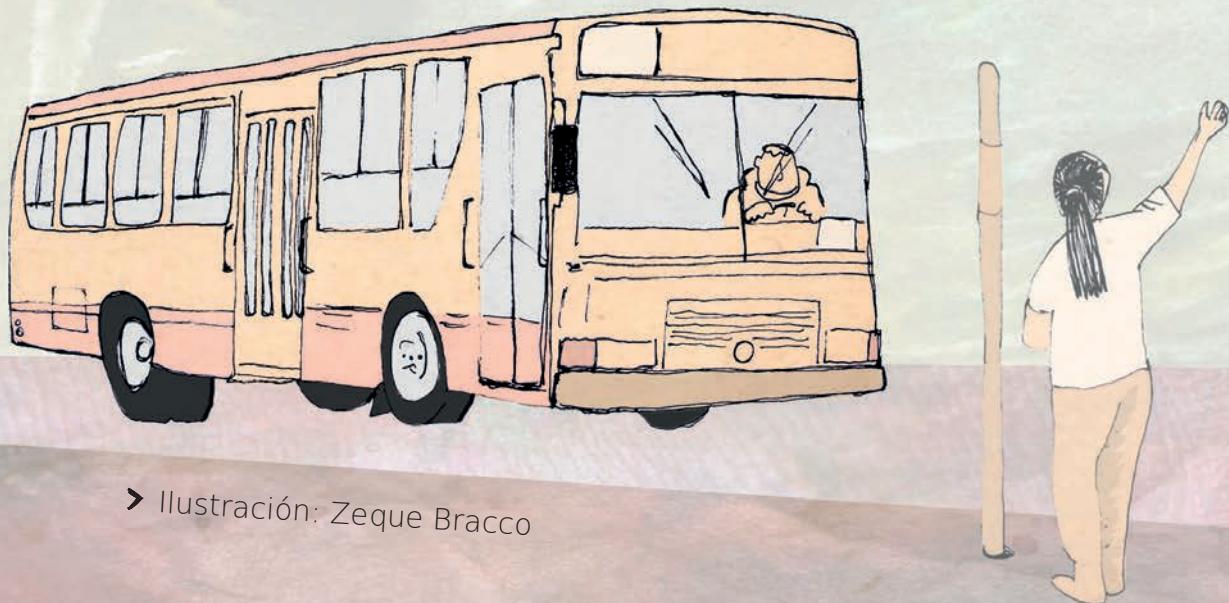
A lo indiferente
A lo indiferenciable
Lo que justamente me diferencia
De lo que no soy
Y lo orgullosa que me siento
Por seguir mi instinto
El de disfrutar la soledad
El de andar por las calles
Caminando
Corriendo
Bailando
Saltando
A pesar del mundo
A pesar del tiempo
A pesar de las tildes
A pesar de los tigres
A pesar de todo:
Me encuentro fuerte
En el medio del ayer
En el medio del después.
Bajo la lluvia
Bajo el sol
Que me quema

Que me asfixia
Que me ahoga
En el mismo mar
Que lo vio encender.
Y si alguna certeza
Tengo en esta vida
Es que
No es necesario
Proclamarse dueño
Ni es necesario
Tener que sentirlo
Ni tener que admitirlo
Pero sí es necesario
Asumirse frágil
Como una gota de agua.
Y asumirse fuerte
Como el mismo sol que la evapora.



El hombre del colectivo y otros microrrelatos

Marina Banegas



➤ Ilustración: Zeque Bracco

Acápite I

La palabra es una caricatura miserable.
El candelabro de plata, Abelardo Castillo

Escribió la carta. La leyó una vez más, cuidando que cada palabra dijera lo que ella quería, que no se desbocaran y terminaran des- truyendo lo que tanto tiempo le había llevado pensar. Antes de firmarla, se quedó ensimismada mirándola, su vida en un papel, pensó.

Esas palabras la empujaban a revivirlo todo. Se ponía rígida, temblorosa. Volvía a escuchar sus propios pasos retumbando en la calle vacía, y el eco de otros pasos firmes, que parecían disfrutar del temor de los suyos. La distancia se acortaba y el corazón le estallaba en los oídos. Su cuerpo, una marioneta con los hilos rotos en las manos de una sombra sin rostro, pesada. El grito ahogado. Después, nada. El silencio de la calle, levantarse y correr y vivir con la vergüenza y la ira.

Puso la carta al pie de la silla, donde pudieran verla, y por primera vez en mucho tiempo sintió que reparaba los hilos.

Acápite II

Nuestra época es esencialmente trágica, y precisamente por eso nos negamos a tomarla trágicamente. El cataclismo ya ha ocurrido, nos encontramos entre ruinas, empezamos a construir nuevos y pequeños lugares en que vivir, comenzamos a tener nuevas y pequeñas esperanzas. No es un trabajo fácil.

El amante de lady Chaterley, D. H. Lawrence

Las tripas le hacían ruido. Sentado en el cordón de la vereda intentaba despegar un cascote del barro que había en la calle. Tenía las uñas negras, los pantalones rotos y las rodillas percutidas. Un mechón de pelo sucio y duro le caía sobre la cara. Su lengua asomaba hacia un costado, acompañando el esfuerzo. Por fin, sacó la piedra y pudo ver el movimiento sinuoso de las lombrices gordas. Sonrió. Tomó una con dos dedos de la mano, la levantó hasta la altura de sus ojos y vio cómo se retorcía. Sin dejar de verla, la llevó lentamente hasta la boca y empezó a masticarla. Repitió el gesto con las dos lombrices que quedaban.

Las tripas dejaron de hablar. Respiró profundo, se levantó y con toda la fuerza de que era capaz pateó el cascote. Lo vio detenerse al otro lado de la calle. Entonces, se alejó silbando del lugar con la ilusión de tener la panza llena.

El hombre del colectivo

El hombre del primer asiento mira la ruta sin pestañear. Su cuerpo flaco, enfundado en un mameluco muy blanco, acompaña el movimiento del colectivo. Las manos, alambres retorcidos, están apoyadas en los muslos. Sus dedos se superponen y entrelazan. Duele de solo verlos. La cara, rígida, tiene un color amarillento que parece desaparecer cuando le da el sol. No puedo dejar de mirar, ahora está, ahora no. Intermitentemente, en el primer asiento hay un cuerpo sin cabeza; todos en el colectivo están pendientes del fenómeno. De repente, el hombre gira el cuello y clava sus ojos en un espacio indefinido que nos comprende a todos; por un momento, una mirada sin rostro se fija en nosotros. Una sombra le devuelve la cara al hombre que nos ve con ojos tristes. Vuelve a mirar hacia delante, y nosotros también.



agreste

andrés albornoz



> Alfarería: Dagoberto Ortiz

I

por qué somos tan tristes
los venados olfatean el aire de los pastizales
y la lluvia sobre el cauce polvoriento
cargamos los toldos y las pieles en la espalda
entre los cardos, casi desnudas
vimos los huecos que dejaron las vizcachas
por qué no acurrucarnos allí dentro
devorar las raíces, arrumbar las palabras
salir al sol sin lengua, quemarnos dócilmente
por qué saludamos a los guanacos con nuevo gesto:
muchas gracias por la sangre

II

vimos la espada a viva voz, segando los hierbajos
ungidos con la grasa de los animales muertos
entre las piedras primigenias que nos ocultarían
empuñamos el río, un filo de barro y de peces
sangramos árboles y tierra, insectos como lágrimas
y en cada aullido un pájaro se despica y se despluma
por qué no luchan las frutas silvestres, los perros salvajes
por qué no rugen los pumas a los caballos atascados
hay palabras como lanzas, nuestra lengua será remanso
y salvaje yace nuestra historia, maleza tras maleza
nuestro grito perplejo, un yuyal en carne viva, agreste

III

llevamos nidos de calandrias y astas florecientes
cantamos frente a todos los vientos
clavados en la piel, los picos como brasas
las palabras que retornan a los ríos secos
masticamos los cardos: sus raíces, sus espinas
y entre las rocas nos ocultamos como lagartos
no sabríamos temerte, ni siquiera tras la niebla
nuestros dientes de comadreja brillando en la noche
hemos visto arder los pastizales, una y otra vez
arrodilladas en nuestras tiendas inalteradas
temblamos porque la voz no alcanza

IV

sopla la noche sin furia, displicente
el agua sumiendo al pueblo a destiempo
quizás mueran al amanecer, entre frases no dichas
palabras atragantadas debajo de algún ceibo
qué podría importar menos que esta tierra ajena
las tripas de ñandú enroscadas en el cuello
las malezas sin nombre, la carne entre los pajonales
siempre tendremos la última palabra, todas las palabras
sobre las mesetas escardadas o detrás de un muro
sabíamos que el mar traería viejas maldiciones
qué podría importar menos entonces

V

quién comprende esta selva huraña y desmedida
quién me ha visto tropezar a tientas entre enormes hojas
cultivé lenguas extrañas y el mar no ha sido generoso
he muerto en tantos lugares mientras corría, tantas veces
he dejado colores y formas donde se reunían los jotes
puede ser certero un pico, irreal un cuerpo, vacía una imagen
podría recostarme aquí y ahora, o en aquel barco, sobre el filo
pero estoy en los ojos del guanaco, entre las raíces del cardo
suspendido en el canto de los teros, en lo que resta del río
entre las pieles donde esperan a que llegue la mañana
donde aguardan y acechan, se yerguen o caen, salvajes y estériles

VI

cómo podría mecerme entre mis manos sin falanges:
por el río seco donde se apiñan los ñandúes
por la tierra que nos desborda la boca
por las muchachas rendidas entre los algarrobos
por los chimangos que chillaban sobre su cuerpo
por los niños como espinas, los infructuosos
por el bañado que enjugó nuestra imagen
por los que ofrendaban el pescado y la harina
por los cráneos donde beben la sangre, educadamente
por las langostas calcinadas
por los que nunca sabrán que todo ha terminado

VII

volvimos por aquellos huesos, viejo espinillo
aquí arrancamos sus cabellos, la tierra removida
y aquí dejaremos la carne, al resguardo de la gente
de haber vivido, tal vez, no abrazaríamos tus espinas
ni le contaríamos nuestras historias a la tierra mojada
de qué sirven entonces estos huesos de colores
de qué sirven estas vasijas donde guardamos el pasado
tanto es el silencio que la lluvia cae como si nada cayera
no por lo que borra, ni por lo que oculta, ni por lo que encharca
en las vasijas resuena el mar, viejo árbol, y el mar nos trae la muerte
y aún podríamos quedarnos, muchas gracias por la sangre



Dagoberto Ortiz, el artesano del tiempo

Dagoberto Ortiz nació en San Pedro, en 1932. Su madre era guaraní, tal vez por eso Dagoberto dedicó su vida a mantener viva la memoria de un pueblo tan olvidado como aquel, los querandíes. Ni siquiera él sabe bien qué lo enamoró de esas imágenes que aparecen en sus vasijas, ánforas y objetos de cerámica, y que representan las principales tareas de los pueblos originarios: la caza, la pesca, el pastoreo y la agricultura. Al igual que Dagoberto, aquellos pueblos eran diestros alfareros que



fabricaban sus propios utensilios en cerámica, siendo esta una de las actividades más características de la América precolombina. Como artesano, imita la técnica, el estilo, el diseño, y cada pieza rescatada del tiempo es única y singular.

“

A la arcilla le doy consistencia quemándola a temperaturas muy elevadas durante varias horas ininterrumpidas a horqueta, que es un sistema indígena a fuego abierto; luego la embadurno con cera de abejas, lo que le confiere una tonalidad oscura. Después realizo las grafías que le confieren la historia por la cual el objeto posteriormente habla con el espectador.

”



Gracias al valor histórico y cultural de su obra, fue premiado en concursos regionales y provinciales que le abrieron las puertas de Europa. Expuso en Baradero, Capitán Sarmiento, La Plata, Santiago del Estero y en Porto Alegre (Brasil). Participó en un encuentro de artesanos realizado en los Valles Calchaquíes, en la provincia de Catamarca, donde también se desempeñó como docente. Artesano multifacético, actualmente incursiona en la técnica del mosaísmo. Pero más allá de su trayectoria, los premios y reconocimientos, su labor como artesano alfarero tiene, a nuestro parecer, doble mérito. Por un lado, porque Dagoberto no tuvo maestros y sin tener conocimiento de nada, todo lo aprendió de los libros, investigando

por su cuenta, visitando museos; y por el otro, dejemos que lo diga él:

“

Yo le agrego a mis obras un estilo propio que nace de que, para mí, todo es insólito. Voy amasando y mientras amaso hago creación propia. No es copia de nada. Imagino, por ejemplo, vasijas de grandes dimensiones y la grasa que allí metían los guaraníes. Invento y después corroboro con lo que estudio en los libros. La pasión por la alfarería responde a un llamado místico. Se crea por impulsos, por el instinto y una inspiración que por momentos es animal y por momentos, sublime, mágica.

”



> Ilustración: Guillermina Berola



La madremonte

María Virginia González

La selva emana un alarido profundo.

La madremonte llora. Es una anciana corpulenta y una mujer joven, vestida de hojas, ataviada con verdes plumas que coronan el secreto de su rostro.

No hay silencio en el bosque marítimo que se compare con la lucha de sus entrañas, donde millones de raíces barrosas se estremecen de luto.

La madremonte llora.

Ha visto arder el Amazonas. Su rostro oculto al mundo atisba fulgores rojos: son sus ojos ardientes enfurecidos.

Toma un puma entre sus brazos, está muerto, y lo mece.

Sus carnes pantanosas se abren en distintos lugares, como tumbas hambrientas guardan los cuerpos inertes de sus hijos: animales inocentes.

La arbórea fluorescencia de su piel de musgo se ennegrece de dolor...

¿Quién dijo que la vieja duerme? Está muy despierta. Y escucha.

Viene cabalgando la tormenta, arreciando la lluvia fluminosa y los ríos turbios, desde donde nacen sus cabellos de agua. Entre las rocas eternas yace su agónica fortaleza, esperando los mensajes de la selva. Le ha contado que el enemigo la asedia, los bosques están muriendo y la voz de los pájaros tiembla.

La madremonte gime furiosa.

Pronto asoma su venganza tras las hojas, y su cuerpo grácil se esfuma escapando por las huellas de la sombra, que serpea entre los árboles cansados como penas.

La madremonte escala las nubes y cae en latigazos de viento, vencedora.

Sus huesudas manos desatan los nudos de una feroz tormenta. Por unas horas, parece que ha ganado la batalla.

Parece, solo parece..., por eso llora.



Quisiera ser yo

Alba Soto

Quisiera ser yo
la adulta.

Quisiera ser yo
la que todo lo sabe.

Quiera ser yo
la que te escucha.
Y poder cuidarte.
Pero a mis años les falta tiempo.

Me sobran inseguridades
y no puedo cuidarte.
Hoy necesito que seas vos
el que me abrace.

Me falta paciencia
y ya quiero ser grande.
Me sobran los miedos,
quiero seguir durmiendo en tu cama
si los sueños no son buenos.



CARLITOS
Y SU SUEÑO
PARRILLA Y ROTISERIA
Buenos Aires 295



> Fotografía: Hugo Banegas

Hueso

Emilce Acuña

Hueso y piel, doblado hacia la tierra solía vagar por el pueblo
en el sopor de las siestas calcinadas por el viento norte.

Hijo de hombre, Augusto Roa Bastos

Desde que vivo en capital mamá me llama todos los domingos. Recién hablé con ella y me dijo a que no sabes quién murió. Yo no me acordaba de Hueso. Era una de esas personas que nadie recuerda, pero que nadie olvida del todo. Parece que una pulmonía se lo llevó a la tumba, dijo mamá, y fue como si de repente algo oscuro empujara la memoria de aquellos años.

Apareció en el pueblo de un día para otro, como esos perros que largan en la ruta y después caminan detrás de uno buscando dueño. Nunca supimos cómo se llamaba. Le decíamos Hueso porque era tan flaco que se le adivinaba el esqueleto debajo de la piel. Andaba por ahí con un pantaloncito sucio y una camisa que le quedaba demasiado grande. Tenía los ojos negros y tan tristes que daba culpa mirarlo de frente. Nosotros

le tirábamos piedras cuando lo veíamos dando vueltas por la estación y lo echábamos a puteadas cuando se acercaba a ver el picadito que improvisábamos en el baldío de don Julio. Dormía en cualquier lado, en la puerta de la escuela o del club, y regalaba estampitas a cambio de unas monedas, siempre con esa cara de haberse equivocado al nacer. Hasta que una vez llegó un cura que le dio de comer todos los días, lo entraba a su casa para que se bañara y si hacía mucho frío, dejaba que se quedara a dormir. Hueso aumentó unos cuantos kilos, y ese año, fue monaguillo en las fiestas patronales. El día de la celebración tenía puesta una túnica blanca y estaba tan limpito que la gente se codeaba en la iglesia, parecían decirse al oído que ese de ahí era Hueso, porque costaba creerlo. Después de la misa, empezó la procesión por las calles del pueblo, sonaron las campanas y hubo suelta de globos. Me acuerdo que fue la única vez que lo vi sonreír. Más tarde, corrió el rumor de que Hueso pasaba las noches en casa del cura y alguien hizo la denuncia. Nunca se supo si fue verdad lo que se dijo en esos días, pero las viejas estaban seguras de que le habían salvado la vida a esa criaturita, como ellas decían, pero yo tengo mis dudas de que realmente haya sido así, porque cuando trasladaron al cura a otro pueblo, Hueso volvió a dormir en la calle y otra vez la piel empezó a pegársele a los huesos. Iba de casa en casa, pidiendo algo de comer o vendiendo frutas. Mamá le compraba limones y duraznos, aunque sabía que él los robaba de algún terreno vecino. Otras veces le daba un paquete de galletitas o maíz inflado.

Una tarde, Hueso estaba en la puerta esperando que saliera mamá, ella gritó ya voy y metió en una bolsa un par de zapatillas que a mí no me quedaban. Le dije que no se las diera, que el Russo me iba a cargar cuando lo viera con mis zapatillas, pero a ella no le importó. Me miró hecha una furia. Después, abrió el frasco donde guardaba los chupetines, agarró un puñado, y sin sacarme los ojos de encima, los tiró dentro de la bolsa donde estaban las zapatillas. Salió a la puerta. Cuando volvió a entrar, dijo pobrecito, como pensando en voz alta. Y ustedes tienen tanta mierda. Dijo eso por lo de las zapatillas y porque mi hermano y yo, a veces, no queríamos comer la polenta con salsa que ella hacía, aunque le pusiera queso mantecoso y todo. Jugábamos con la comida hasta que se enfriaba y entonces se armaba un lío bárbaro y papá nos mandaba a la pieza sin postre. Pero yo no le tenía lástima a Hueso. Al contrario, me daba bronca verlo así, tan abandonado, y en secreto le agradecía a Dios que ese destino le hubiera tocado a él, y no a mí, porque a alguien tenía que tocarle.

Mamá me preguntó si me pasaba algo porque yo me quedé callado cuando me dijo que Hueso había muerto. Pero dije que no, que no pasaba nada y enseguida empecé a hablar de la facultad y de mi novia, como si aún hoy, después de tantos años, tuviera miedo de que al recordarlo se me pegara su misería.



Parten los trenes más oscuros

Alberto Aguilar

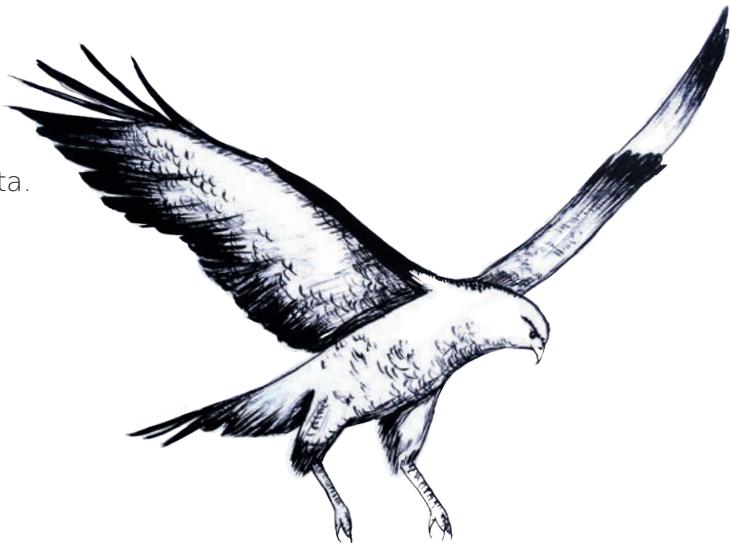


El rostro de la locura

El rostro de la locura
me observa desde su angustia,
indefinida.

La perra recorre la tarde
y el sinsentido gobierna su alma.
¿Qué ángel íncubo
se metió en tu mente?
¿Qué licor extraño
te quemó los sueños?
Caminas vacilante,
entre las lilas,
como un muñeco asesinado
por los besos de la prostituta muerta.

A veces las almas de tus perros
husmean el portón de la casa
y hay en tu rostro pálido
como una luz de recuerdos.



Poema

Los grillos raspan
sus plegarias mojadas.
El presagio de destrucción
ronda las torres
y las casas bajas.
Las horas quedaron suspendidas
y el humo del Este
se transformó en flores petrificadas.
Cuando vuelvan a la vida,
rebrotarán los sauces
y el río beberá canciones.
Sinfonía de peces azules
en el oído de arcilla y arena.
Quizás la niña pez-sirena,
vieja dueña de la barranca,
despierte del sueño del olvido
y con su cabello como redes
amarillas de viejos soles,
comience a andar como sonámbula
entre los árboles de flores amarillas,
con espinas celosas, desgarrantes
como los cuchillos de los peces muertos.



Parten los trenes más oscuros

Parten los trenes más oscuros
con su carga de condenados.
Parten las aves hacia mundos nuevos
que se derrumban día a día.
Pero mi corazón quedó anclado aquí.
Las ruinas del caserón
que me retienen.

Están allí, entre telarañas y ecos
las dulces sombras más amadas
y una vieja canción
que se filtra por los huecos
de las tardes
aletea, como pájaro moribundo
y muere...
o se transmuta
entre los árboles del tiempo.



Aira es tarado

› Gonzalo Sueiro

Si todos nosotros viviésemos en el mundo narrativo de César Aira, este sería un científico loco (*El congreso de Literatura*) que inventa novelas cortas con tal velocidad que no solo dificulta abarcar toda su obra sino que hace imposible su no lectura. En ese hipotético mundo, llegaría el punto de encontrarnos rodeados por los libros de Aira.

Con más de cien novelas cortas, ensayos y piezas teatrales publicadas, la obra literaria de César Aira (Coronel Pringles, Provincia de Buenos Aires, 1949) no es unívoca. No tenemos un solo Aira. No existe un personaje que funcione como *alter ego* que atraviese las distintas historias. No hay una ciudad con un carácter narrativo en el sentido faulkneriano. No existe una saga deliberada. Por estos motivos,



adentrarse en el mundo narrativo airiano puede hacerse a ciegas, probando, o por qué no, comenzar a leerlo a partir de las referencias de otros. Lo que no se puede hacer es no leerlo.

No estamos acostumbrados a leer esta literatura y eso en un principio puede ser desconcertante. Desde la infancia, aprendemos como lectores a esperar el final redondo: "y vivieron felices". Eso no ocurre en las ficciones de Aira. La historia concluye porque necesita terminarla para comenzar con otra, pero no porque esa historia se cierre. Esto genera desconcierto en un principio porque choca con esa idea que tenemos incorporada como lectores canónicos.

Para Aira "la literatura es un sistema. No nos interesaría si no fuera así. Un libro único, ese famoso libro que se supone que llevaríamos a la isla desierta, no nos sirve".

Esta idea, que el autor desarrolla en el ensayo sobre Copi, podemos aplicarla a la constitución de su obra. No tenemos una única historia contada desde múltiples puntos de vista, accidentes o versiones. Asistimos a un despliegue de historias que conforman el universo mismo.

Quisiera proponer tres obras que me resultan ilustrativas: *Cómo me hice monja* (1993), *Parménides*

(2006) y *Ema, la cautiva* (1981), en ese orden.

Hacer un resumen argumental de cada una de ellas parece difícil, y no aportaría nada a la lectura. Sin embargo, parecen apropiadas para entrar en ese "sistema" que observamos unos párrafos antes.

"Ustedes son normales, son iguales, porque tienen segunda mamá. Aira es tarado. Parece igual, pero es tarado. Es un monstruo".

La novela *Cómo me hice monja* da cuenta de este "hacerse"; no se nace, no hay un determinismo iluminado que proyecta un destino; y también irrumpen la conciencia de extrañeza que genera el texto, expresada en la voz de la maestra como representante de la academia, del canon. En la novela partimos de un hecho minúsculo y, desde de allí, vamos conociendo al personaje en su hacerse. La voz del narrador y personaje coinciden, reforzando esta idea de anormalidad, como un otro desconocido que genera miedo e inquietud: el monstruo.

Todas las historias se estructuran en esta forma del periplo: desde el punto A al B. Pero la particularidad es que no hay umbrales, no se llega a ninguna parte. Hay una desacralización de la historia.

Podemos leer estas historias como lo son pero también, en un segundo nivel narrativo si se quiere, como respuesta a qué es una obra de arte, qué es un autor, cómo alguien se hace escritor, qué pasa con la tradición literaria. Las novelas no se proponen ni psicológicas ni filosóficas ni metaficcionales; son los lectores quienes profundizan según su capacidad, sus ganas o conocimiento.

Parménides nos plantea la idea de qué es un autor, sin ingresar en discusiones académicas con Walter Benjamin o Michel Foucault de manera explícita. No explica, no informa, no "baja línea". Nos cuenta una historia que desarrolla la relación entre dos personajes, ambos inventados, aunque uno se trate del filósofo presocrático. No nos exige ningún conocimiento previo para entender lo que se nos cuen-

ta. Sin embargo, con la más absoluta naturalidad, el narrador nos va planteando qué es esto de escribir, cómo se hace. Se genera un ida y vuelta –entre narrador y lector– justamente porque no da la idea premoldeada, sino que permite que se desarrolle y crezca en la lectura.

Ema, la cautiva, publicada en 1981, no busca historizar, constructiva o decostructivamente, el pasado; rompe con la idea de fidelidad en la literatura y el arte en general. Nos cuenta una historia que transcurre en un siglo xix anacrónico e inverosímil, pero totalmente plausible en el relato. Sin embargo, es innegable el diálogo que el lector puede establecer con la tradición literaria argentina, desde Esteban Echeverría a Lucio V. Mansilla, e incluso con otras novelas contemporáneas a esta.

Aira nos plantea su literatura como un mundo abierto. Podemos explorar todo, construir los sentidos que queramos de su lectura. Ni siquiera nos exige que lo leamos. Pero a este ritmo parece difícil no encontrarse un Aira en cada esquina.

Creo que estas tres novelas, como propuesta de ingreso en la ficción airiana, nos permiten perfilar ese mundo desconcertante que nos propone el autor. Enriquecedor cuando se bucea un poco más allá del puro texto, o simplemente nos reconforta con una poética privilegiada, inteligente e irónica.

Valgan estas ideas sueltas a modo de reseña imposible de la obra de este genial autor argentino que en algún momento hay que leer, antes que el mundo se vuelva airiano.



> Ilustración: Romina Ciriaci



Me fui a vivir a un árbol

José Vega

Me fui a vivir a un árbol
aunque mi patio no se dio cuenta.
Vi crecer las sombras del ocaso
metros tras metros
sin que nada intercediera.
Pensé en vivir debajo de un árbol
y contemplar cómo las raíces
se fortalecen sin importar
aquellos que nosotros adjetivamos.
Supe vivir desorbitado
en una nave oxidada por el anhelo.
Confundí cada centímetro de ella
con un árbol frondoso
lleno de vitalidad.
Quizás no cuento con la tierra
ni con el patio
es cierto.

Quizás las ramas que se entrelazan en mi mente
y nos empujan al encuentro
sean más genuinas que
los kilómetros y las rutas
que nos separan.

Hay un bosque dentro de un árbol
que mañana o pasado
nos espera.

Me dice
me cuenta
que nosotros somos la tierra
que nuestras raíces esperan.

Nacemos cada día
para encontrarnos nuevamente.

Ya sin patio
ni madera.

Sin bosques ni sombras que desvelan.

Desperté abrazando tu cuerpo
en un lugar cálido
como las siete en primavera.

Nos fuimos a vivir al Árbol sin tiempo.
Aunque algunos patios
no se dieran cuenta.

Biografías

Emilce Acuña vive en Pueblo Doyle, es maestra de escuela y profesora de Castellano, Literatura y Latín. Realizó un postítulo en Literatura Infantil y Juvenil. Desde el 2019, cursa un taller de narrativa con Fernanda García Curten.

Alberto Aguilar (1954, San Pedro) es alfareño, huertero, dibujante de a ratos, bibliómano marginal, amante de los perros y el campo, tallerista y poeta.

Andrés Albornoz vive en Pueblo Doyle, San Pedro. Trabaja como editor. A veces escribe poesía.

Helena Albornoz Raptis tiene cinco años. Vive en Pueblo Doyle, San Pedro. No puede parar de dibujar y pintar. Le gusta mirar el cielo, la lluvia y el arcoíris.

Luciana Baca es profe de Literatura, cinéfila y amante de Georgie y el Perro Gris hasta que los dioses dejen de soñarla.

Hugo Banegas trabajó profesionalmente como fotógrafo durante 50 años. En su blog, <http://sanpedroeneltiempo.blogspot.com> acumula imágenes de la ciudad de San Pedro desde el año 2012.

Marina Banegas (1967), sampedrina, es docente retirada de Música. Licenciada en Comunicación Social. Lectora emocional.

Alejandro Barales. Zarateño, cuarenta y cinco años. Actor performático, poeta narcisista, lector empedernido, amante de los excesos.

Guillermina Berola vive en San Pedro. Es Profesora Nacional de Cerámica. Trabaja como docente de Artes Plásticas en escuelas públicas y da talleres de cerámica en su espacio-taller "La Tiendita de Barro", donde también hace una pequeña producción de objetos artesanales y artísticos.

Zeque Bracco es dibujante, ilustrador y librero. Dennehylene/sampedrino. Papá (con Sofi) de Camilo. Aún no sabe si ser un zapatista del EZLN o un ninja de Brigada Cola.

Nicole Ciriaci o Nicky, como le dicen sus amigas, vive en San Pedro, provincia de Buenos Aires. Tiene diecisiete años, le gusta pintar y dibujar desde chiquita. Se considera una persona amable, empática, tímida y sencilla.

Romina Ciriaci es profesora de Historia, Dibujo y Tao Yoga. Pinta cuadros, cose, escucha heavy metal y glam rock ochentoso. Le gusta sembrar y ama las películas de terror.

Javier Dicenzo nació en San Pedro en 1980. Publicó muchas de sus obras (*Detrás de los espejos del tiempo*, 2002. *Destello de los pájaros perpetuos*, 2008. *La ciudad de hierro*, 2017). Obtuvo premios a nivel nacional e internacional.

María Virginia González es profesora de Castellano, Literatura y Latín. Publicó *El decir textual* (2007) y con la editorial Perro Gris publicó *Poemas de sanación* (2015) y *Vickyrrilegatos* (2016).

Alejandro Grimoldi es músico y docente. Se desempeñó como director de coros y pianista de jazz, tango y folclore. Desde 2019 participa en el taller literario de Fernanda García Curten en la ciudad de San Pedro.

Coqui López nació en San Pedro el 12 de abril de 1967. Estudió dibujo y pintura con los maestros Fernando García Curten y Mariano Sapia y escultura con Pedro Suñer y Carlos Ferrari. Ha realizado exposiciones en distintas ciudades de Argentina y España.

Victoria Morales es gestora cultural, estudiante, investigadora y profesional de las ciencias sociales y empresariales. Editó poemarios en formato fanzine, plaqueta y libro virtual. Coordina un taller de producción literaria y desarrolla proyectos de gestión cultural.

Fausto Olmos estudió Periodismo en CEDEBA (Centro de Estudios de Buenos Aires). Es actor, modelo, escritor, guionista de cine, teatro y televisión.

Dagoberto Ortiz es artesano y continuador de la alfarería indígena en San Pedro. Autodidacta. La obra de Dagoberto fue premiada y reconocida por su valor histórico y cultural.

Anita Ottoline (Zárate, Buenos Aires, 2000) es estudiante en la Licenciatura de Psicología (UBA) y amante del arte en todas sus expresiones.

Alexa Pettone (San Pedro, Buenos Aires, 1985) fue la primera patinadora trans avalada por la Confederación Argentina de Patín. Activista por los derechos de las personas travestis, trans, lesbianas, gay y no binaries.

Ariel Ramallo tiene cuarenta y dos años, sampedrino. Artesano del mimbre y profesor de Historia. Cuentista por el gusto de contar historias.

Laura Raptis vive en Pueblo Doyle. Estudió Diseño Gráfico en la UBA. Se desempeña como diseñadora editorial e ilustradora independiente para diversas editoriales del país.

Karen Saucedo "La fotografía para mí no es mirar, es sentir. Si no puedes sentir lo que estás mirando, entonces nunca lograrás que los demás sientan nada cuando miren tus fotos".

Alba Soto tiene diecisésis años, nació en San Pedro. Ama leer, escribir y escuchar música. Nunca se decide por un género. Tiene gustos muy diversos y no hay cosa que no le interese aprender.

Gonzalo Sueiro es Profesor de Castellano, Literatura y Latín.

José Vega tiene treinta y cuatro años, campanense. Uno de los mejores cebadores de mate de la zona. Gran abandonador de estudios terciarios. Escribe porque puede, como puede y porque le hace bien.





CΛMOTE sabe que nace en un mundo nombrado, que cada palabra cuenta, que cada coma dice, que cada punto cierra una idea o la dispara. Sabe que hay un premio en la dificultad; que dentro del texto, todo; que fuera del texto, nada.

CΛMOTE adora los blancos, los finales sorpresivos, lo ambiguo, las pinceladas atrevidas, lo bueno y breve, los intersticios, la línea inesperada, las texturas y los elefantes blancos.

CΛMOTE banca los intentos, la búsqueda implacable de una imagen verdadera, los borradores, las tachaduras, el esfuerzo denodado para encontrar el tono justo, la palabra inequívoca, esa y no otra.

CΛMOTE fusiona el lenguaje, lo aglutina, lo amontona, lo aglomera, el ojo de la foto con el árbol que se dibuja, el árbol que se dibuja con la arcilla, la arcilla con el poema, el poema con el trazo, el trazo con el teatro, el teatro con la pintura.

CΛMOTE se maneja mejor en los márgenes, en las orillas, en los pjonales, en zonas donde abunda la maleza; busca la sombra de un árbol, un mate galleta, un amigo; busca en la tierra abierta lo que no se vende, lo que fue descartado, lo olvidado.

CΛMOTE arriesga. Saldrá a buscar otras sensibilidades, otras formas de mirar, otras voces que pretendan llegar al hueso, apretar el lápiz sobre el papel sin tabúes, colorear sin censuras. Dará abrigo a esas historias, les hará lugar en medio del pasto crecido y entonces, quizás, tendremos algo que decir. De eso dependerá su vida.

CΛMOTE



CΛMOTE